

ANTOLOGIA

DE LA MODERNA POESIA URUGUAYA



EX
D
U
C

ANTOLOGIA
DE LA
MODERNA
POESIA URUGUAYA

HECHO EL DEPOSITO DE LEY
COPYRIGHT BY "EL ATENEO".

ANTOLOGIA DE LA MODERNA POESIA URUGUAYA

1900 - 1927

Seleccionada

por

ILDEFONSO PEREDA VALDES

PALABRAS FINALES

por

JORGE LUIS BORGES

EL ATENEO

Librería Científica y Literaria

FLORIDA 371 - CORDOBA 2099

BUENOS AIRES

1927

PROLOGO A MANERA DE ACLARACION

La poesía uruguaya empieza en 1900.

¡Perdón, poetas anteriores a 1900! Vuestra inexistencia actual es suficiente garantía para que no ocupéis una parcela en esta antología. Además, ¿Si sois anteriores a 1900, cómo pretendéis figurar en el período 1900-1927?

Una antología o es un registro público donde cada poeta puede inscribir su firma, aunque se trate de un político que versificó en sus mocedades, o es una barrera, un atrincheramiento, detrás del cual se defienden los pocos poetas que en el mundo han sido, de la voracidad de los que se titulan tales por el solo hecho de haber publicado un libro.

En esta antología se rehabilitan poetas olvidados injustamente, figuran otros desconocidos para muchos, y no se colaron en ella, algunas celebridades, saboreadas a diario por el público paladar.

Es justa e injusta al mismo tiempo.

El que fué excluído la llamará injusta, y al autor un envenenado. Todo aquel que guste de la selección y

aprecie codearse con sus iguales, mejor que con sus inferiores, la encontrará justa.

Es una antología sectaria, el título ya lo indica: "Antología de la moderna poesía uruguaya". Antología ya es una exclusión, moderno, es otra limitación.

Mis ilustres antecesores en confección de antologías uruguayas, me perdonarán no haber procedido como ellos, aceptando sin carnet de identidad poética, a todos los que versifican en el espacio comprendido entre el Río Uruguay, la laguna Merín, el río Yaguarón, la cuchilla Santa Ana y el Río de la Plata.

ILDEFONSO PEREDA VALDÉS.

Buenos Aires, 1927.

PRECURSORES
Y OTROS POETAS



JULIO HERRERA Y REISSIG

“Fuí un poeta puro. Estoy muy a mi gusto al lado de Mallarmé, Rimbaud, Góngora y Fray Luis de León. Con ellos me encontré en el paraíso de los grandes poetas. (Hay paraísos de segunda clase para los pequeños). Sigo creyendo que los peluqueros de la crítica no deben hacerme la barba. El Uruguay todavía no se ha hecho digno de Julio Herrera y Reissig, en cambio, interpretó mi desprecio por los homenajes públicos, no celebrando ninguno en mi honor. Sé que algunos poetas plagiaron mis poemas, otros acusáronme de lo que ellos mismos hacían y otros titulándose mis discípulos, prefirieron callar lo que debieron haber dicho a gritos. Todo ello me tiene sin cuidado. Soy Julio, Emperador. Torre de los Panoramas”.



FIESTA POPULAR DE ULTRATUMBA

Un gran salón. Un trono. Cortinas. Graderías.
(Adonis ríe con Eros de algo que ha visto en Aspasia):
Las lunas de los espejos muestran sus pálidos días
Y hay en el techo y la alfombra mil panoramas de Asia.

Las lámparas se consumen en amarillas lujurias
Y las estufas se encienden en pubertades de fuego
(Entran Sátiros, Gorgonas, Ménades, Ninfas y Furias
Mientras recita unos versos el viejo patriarca griego).

Unos pajes a la puerta visten dorado uniforme
Cruzan la sala doncellas ornadas con velos blancos
(Anuncian: están Goliat y una señora biforme
Que tiene la mitad pez, Barba Azul y sus dos zancos).

Un buen Término se ríe de un efebo que se baña
Todos tiemblan de repente. (Entra el Hércules nervudo)
Grita Petronio: Salerno! grita Luis Once: Champaña!
Grita un pierrot: Menelao con un cuerno y un escudo!

Todos ríen; sólo guardan seriedad Juno y Mahoma
El gran César y Pompeyo, Belisario y otros nobles
Que no fueron muy felices en el amor. Se oyen dobles
Funerarios: es la Parca que se asoma...

Todos tiemblan; los más viejos rezan, se esconden,
[murmuran
Safo le besa la mano. Se oye de pronto un gran ruido
Es Venus que llega: Todos se desvisten, tiemblan, juran,

Se arrojan al suelo y sólo se oye un inmenso rugido
De fiera hambrienta: los hombres se abalanzan a la diosa
(Ya no hay nadie que esté en calma, todos perdieron el
[juicio])

Todos la besan, la muerden, con una furia espantosa
Y Adonis, llora de rabia . . . En medio de ese desquicio
El Papa Borgia está orando (mientras pellizca a una
[niña])

Tan sólo un bardo protesta: Lamartine, con voz airada
Para restaurar el orden se llamó a Marat. La riña
Duró un minuto y la escena vino a terminar en nada.

Con el ala en un talón entra Mercurio; profundo
Silencio halló el mensajero. El gran Voltaire guiñó un
[ojo]

Como queriendo decir: cuánto pedante en el mundo
Que piensa con los talones! Juan lo miró de reojo
Y un periodista que había se puso serio y muy rojo.

Entra Aladino y su lámpara. Entran Cleopatra y Filipo
Entra la Reina de Saba. Entran Salomón y Creso
(Con las pupilas saltadas se abalanzó un burgués rico
Un banquero perdió el habla y otro se puso muy tieso).

"Mademoiselle Pompadour" anuncia un paje. Mil notas
Vibran de pronto; los hombres aparecen con peluca
(Un calvo aplaude y de gozo brinca una vieja caduca)
Comienza el baile: pавanas, rondas, minués y gavotas.

Bailan Nemrod y Sansón, Anteo, Quirón y Eurito
Bailan Julieta, Eloísa, Santa Teresa y Eulalia
Y los centauros: Caumantes, Grineo, Medón y Clito
(Hércules no; le ha prohibido bailar la celosa Onfalia).

Entra Baco, de repente; todos gritan: Vino! Vino!
(Borgoña, Italia y Oporto, Jérez, Chipre, Cognac, Caña,
Ginebra y hasta Aguardiente), viva el pámpano divino,
Vivan Noé y Edgard Poe, Byrón, Verlaine y el
[Champaña.

Esto dicho se abalanzan a un tonel. Un fraile obeso
Cayó, debido, sin duda (más que al vino), al propio peso
Como sintieron calor Apuleyo y Anacreonte
Se bañaron en un cubo. Entra de pronto Caronte

(Todos corren a ocultarse). No faltó algún moralista
Español (ya se supone) que los tratará de beodos
El escándalo tomaba una proporción no vista
Hasta que llegó Saturno, y gritando de mil modos
Dijo que de buenas ganas iba a comerlos a todos.

Hubo varios incidentes. Entra Atila y se hunde el piso
Eolo apaga unas bujías. Habla Dantón: se oye un trueno
En el vaso en que Galeno
Y Esculapio se sirvieron, ninguno servirse quiso.

Un estoico de veinte años, atacado por el asma
Se hallaba lejos de todos. "Denle pronto este jarabe"
Dijo Hipócrates, muy serio. Byron murmuró muy grave:
"Aplicadle una mujer en forma de cataplasma".

Una risa estrepitosa sonó en la sala. De rojo
Vestido un dandy gallardo, dióle la mano al poeta
Que tal ocurrencia tuvo. (El gran Byron que era cojo
Tanto como presumido, no abandonó su banqueta
Y tuvo para Mefisto la inclinación más discreta).

En esto hubo discusiones sobre cuál de los suicidas
Era más digno de gloria. Dijo Julieta: yo he sido
Una reina del Amor; hubiera dado mil vidas
Por juntarme a mi Romeo. Dijo Werther: yo he
[cumplido]

Con un impulso sublime de personal arrogancia
Hablaron Safo y Petronio, y hasta Judas el ahorcado
Por fin habló el cocinero del famoso Rey de Francia
El bravo Vatel: yo, dijo, con valor me he suicidado
Por cosas más importantes, por no encontrar un pescado!

Todos soltaron la risa. (Grita un paje: está Morfeo)
Todos callan, de repente... todos se quedan dormidos.
Se oyen profundos ronquidos
(Entra en cuclillas un loco que se llama Devaneo).

EL DOMINGO

Te anuncia un ecunémico amasijo de hogaza,
que el instinto del gato incuba antes que el horno.
La grey que se empavesa de sacrílego adorno,
Te sustancia en un módico pavo real de zaraza...

Un rezongo de abejas beatifica y solaza
Tu sopor, que no turban ni la rueda, ni el torno...
Tú irritas a los sapos líricos del contorno;
Y plcbeyo te insulta doble sol en la plaza...

¡Oh, domingo! La infancia de espíritu te sueña,
Y el pobre mendicante que es el que más te ordeña...
Tu genio bueno a todos cura de los ayunos.

La misa te prestigia con insignes vocablos,
Y te bendice el beato rumiar de los vacunos
que sueñan en el tímido Bethlem de los establos!

AMOR

Papa intrigante y femenino, lame
Tu sandalia infecciosa el mundo entero;
Sublime charlatán, gran embustero,
Mercader falso de amuletos, — dame

Tu filtro que envenena y que hace infame;
Anima con tu cifra nuestro cero;
Tu lepra es el incienso más sincero
Que ondular puede el vil que te proclame.

Simpático demonio! Monstruo hipnótico
De cuerno egregio y alas de narcótico...
Galante dios podrido hasta los huesos.

A ti la gracia de humillar te cupo,
Siglos y reyes, con tus aptos besos
Oh, Amor, gloria a tu nombre!... yo te escupo!

JULIO

Frío, frío, frío!
Pielés, nostalgias y dolores mudos.

Flota sobre el esplín de la campaña
Una jaqueca sudorosa y fría,
Y las ranas celebran en la umbría
Una función de ventriloquia extraña

La Neurastenia gris de la montaña
Piensa, por singular telepatía,
Con la adusta y clausttral monomanía
Del convento senil de la Bretaña.

Resolviendo una suma de ilusiones
Como un Jordán de cándidos vellones
La majada eucarística se integra;

Y a lo lejos el cuervo pensativo
Sueña acaso en un Cosmos abstractivo
Como una luna pavorosa y negra.

OCTUBRE

Primavera celebra las pubertades...

Un crimen de cantáridas palpita
Cabe el polen. Floridos celibatos
Perecen de pasión bajo los gratos
Azahares perversos de Afrodita.

Como un corpiño que a besar excita;
El céfiro delinque en los olfatos;
Mientras llueven magníficos ornatos
A los pies de la Virgen de la ermita

Tocando su nerviosa pandereta
Una zagala brinca en el sendero;
Y al repique pluvial de la pileta

Con un ritmo de arterias desmayadas,
Se extinguen en el turbio lavadero
Las rosas de las nuevas iniciadas.

ALBA TRISTE

Gris en el cielo y en el alma gris.
Rojo en Oriente y en el alma rojo!

Todo fué así. Preocupaciones lilas
Turbaban la ilusión de la mañana,
Y una garza pueril su absurda plana
Paloteaba en las ondas intranquilas.

Un estremecimiento de Cíbilas
Epilepsiaba a ratos la ventana,
Cuando de pronto un mito tarambana
Rodó en la oscuridad de mis pupilas.

"Adiós, adiós!" grité y hasta los cielos
El gris sarcasmo de su fino guante
Ascendió con el rojo de mis celos

Wagneriaba en el aire una corneja,
Y la selva sintió en aquel instante
Una infinita colisión compleja.

SOLO VERDE-AMARILLO PARA FLAUTA,
LLAVE DE U.

Virgilio es amarillo
y Fray Luis verde.
(Manera de Mallarmé.)

- (Andante) Úrsula punza la boyuna yunta;
La lujuria perfuma con su fruta,
La púbera frescura de la ruta
Por donde ondula la venusa junta.
- (Piano) Recién la hirsuta barba rubia apunta
Al dios Agricultura. La impoluta (pianísimo)
Uña fecunda del amor, debuta
- (Crescendo) Cual una duda de nupcial pregunta.
- (Forte) Anuncian lluvias, las adustas lunas.
Almizcladuras, uvas, aceitunas,
Gulas de mar, fortunas de las musas;
- (Fortísimo) Hay bilis en las rudas armaduras;
Han madurado todas las verduras,
Y una burra hace hablar las cornamusas.

DELMIRA AGUSTINI

Delmira Agustini, es la precursora de la poesía femenina en el Uruguay. Después de su luminosa aparición, hemos padecido varias constelaciones de estrellas menores, imitadoras suyas, que ofrecen sensualismo al mejor postor.



Mujer ninguna, como Delmira Agustini, ha llegado en poesía a una verdad carnal tan honda y humana. "A veces toda soy alma", "A veces toda soy cuerpo". Así expresa la gran poetisa, su sensualismo místico, esa dualidad de espíritu y cuerpo.

A los 20 años publicó el primer libro de poemas, "El libro Blanco". Tres años más tarde; "Cantos de la mañana" y luego "Los cálices vacíos". Preparaba "Astros en el abismo", cuando la sorprendió la muerte vestida de tragedia.

Su contribución al modernismo lo fué más en la forma — verso libre — que en el tono y el ritmo, apegado a la manera Rubendariana.

EL CISNE

Pupila azul de mi parque
en el sensitivo espejo
de un lago claro, muy claro . . .
tan claro que, a veces, creo
que en su cristalina página
se imprime mi pensamiento.

Flor del aire, flor de agua
alma del lago es un cisne,
con dos pupilas humanas,
grave y gentil como un príncipe;
alas lirio, remos rosa,
pico en fuego, cuello triste
y orgulloso y la blancura
y la suavidad de un cisne . . .

El ave cándida y grave
tiene un maléfico encanto:
clavel vestido de lirio,
trasciende a llama y milagro . . .
Sus alas blancas me turban
como dos cálidos brazos;
ningunos labios ardieron
como su pico en mis manos;
ninguna testa ha caído
tan lánguida en mi regazo;
ninguna carne tan viva,
he padecido o gozado:

¡Viborean en sus venas
filtros dos veces humanos!

Del rubí de la lujuria
su testa está coronada;
y va arrastrando el deseo
en una cauda rosada...

Agua le doy en mis manos
y él parece beber fuego;
y yo parezco ofrecerle
todo el vaso de mi cuerpo...

Y vive tanto en mis sueños,
y ahonda tanto en mi carne,
que, a veces pienso si el cisne
con sus dos alas fugaces,
sus raros ojos humanos
y el rojo pico quemante,
es sólo un cisne en mi lago,
o es en mi vida un amante...

Al margen del lago claro,
Yo le interrogo en silencio...
Y el silencio es una rosa
sobre su pico de fuego...
El en su carne me habla
y yo en mi carne le entiendo:
a veces ¡total soy alma;
y a veces ¡total soy cuerpo...
Hunde el pico en mi regazo
y se queda como muerto...

Y, en la cristalina página,
en el sensitivo espejo
del lago que, algunas veces,
refleja mi pensamiento,
¡El cisne asusta, de rojo...
Y yo, de blanca, doy miedo!

MIS AMORES

Hoy han vuelto.
Por todos los senderos de la noche han venido
A llorar en mi lecho.
¡Fueron tantos, son tantos!
Yo no sé cuáles viven, yo no sé cuál ha muerto.
Me lloraré yo misma para llorarlos todos.
La noche bebe el llanto como un pañuelo negro.

Hay cabezas doradas a sol, como maduras...
Hay cabezas tocadas de sombra y de misterio, . . .
Cabezas coronadas de una espina invisible, . . .
Cabezas que sonrosa la rosa del ensueño, . . .
Cabezas que se doblan a cojines de abismo,
Cabezas que quisieran descansar en el cielo,
Algunas que no alcanzan a oler a primavera,
Y muchas que trascienden a flores de invierno.

Todas esas cabezas me duelen como llagas...
Me duelen como muertos...
¡Ah!... y los ojos... los ojos me duelen más: ¡son
[dobles!...

Indefinidos, verdes, grises, azules, negros,
Abrasan si fulguran,
Son caricias, dolor, constelación, infierno.
Sobre toda su luz, sobre todas sus llamas,
Se iluminó mi alma y se templó mi cuerpo.
Ellos me dieron sed de todas esas bocas . . .
De todas estas bocas que florecen mi lecho:
Vasos rojos o pálidos de miel o de amargura
Con lises de armonía o rosas de silencio,
De todos estos vasos donde bebí la vida, . . .
De todos estos vasos donde la muerte bebo . . .
El jardín de sus bocas venenoso, embriagante,
En donde respiraba sus almas y sus cuerpos,
Humedecido en lágrimas
Ha rodeado mi lecho . . .

Y las manos, las manos colmadas de destinos
Secretos y alhajadas de anillos de misterio . . .
Hay manos que nacieron con guantes de caricia, . . .
Manos que están colmadas de la flor del deseo, . . .
Manos en que se siente un puñal nunca visto, . . .
Manos en que se ve un intangible cetro;
Pálidas o morenas, voluptuosas o fuertes,
En todas, todas ellas, puede engarzar un sueño.

Con tristeza de almas,
Se doblégan los cuerpos,
Sin velos, santamente
Vestidos de deseo.
Imanes de mis brazos, panales de mi entraña
Como a invisible abismo se inclinan a mi lecho . . .

¡Ah, entre todas las manos yo he buscado tus manos!
Tu boca entre las bocas, tu cuerpo entre los cuerpos,
De todas las cabezas yo quiero tu cabeza,
De todos esos ojos, ¡tus ojos solos quiero!
Tu eres el más triste, por ser el más querido,
Tú has llegado el primero por venir de más lejos...

¡Ah, la cabeza oscura que no he tocado nunca
Y las pupilas claras que miré tanto tiempo!
Las ojeras que ahondamos la tarde y yo inconscientes,
La palidez extraña que doblé sin saberlo,

Ven a mí: mente a mente;

Ven a mí: ¡cuerpo a cuerpo!

Tú me dirás qué has hecho de mi primer suspiro,
Tú me dirás que has hecho del sueño de aquel beso...
Me dirás si lloraste cuando te dejé solo...

¡Y me dirás si has muerto.

Si has muerto,

Mi pena enlutará la alcoba lentamente,
Y estrecharé tu sombra hasta apagar mi cuerpo.
Y en el silencio ahondado de tiniebla,
Y en la tiniebla ahondada de silencio,
Nos velará llorando, llorando hasta morirse
Nuestro hijo: el recuerdo.

MI PLINTO

Es creciente, diríase
Que tiene una infinita raíz ultraterrena...

Lábranlo muchas manos
Retorcidas y negras,
Con muchas piedras vivas . . .
Muchas oscuras piedras
Crecientes como larvas.

Como al impulso de una omnipotente araña
Las piedras crecen, crecen;
Las manos labran, labran,

—Labrad, Labrad, ¡oh, manos!
Creced, creced, ¡oh, piedras!
Ya me embriaga un glorioso
Aliento de palmeras.

Ocultas entre el pliegue más negro de la noche,
Debajo del rosal más florido del alba,
Tras el bucle más rubio de la tarde,
Las tenebrosas larvas
De piedra crecen, crecen,
Las manos labran, labran,
Como capullos negros
De infernales arañas.

—Labrad, labrad, ¡oh manos!
Creced, creced, ¡oh, piedras!
Ya me abrazan los brazos
De viento de la sierra.

Van entrando los soles en la alcoba nocturna,
Van abriendo las lunas el carmín de nácar . . .

Tenaces como ébrias
De un veneno de araña
Las piedras crecen, crecen,
Las manos labran, labran.

—Labrad, labrad, ¡oh manos!
Creced, creced, ¡oh, piedras!
¡Ya siento una celeste
Serenidad de estrella!

PLEGARIA

Eros, ¿Acaso no sentiste nunca
piedad de las estatuas?
Se dirían crisálidas de piedra
de yo no sé qué formidable raza,
en una eterna espera inenarrable;
los cráteres dormidos de sus bocas
dan la ceniza negra del silencio,
mana de las colmenas de sus hombros
la mortaja copiosa de la calma
y fluye de sus órbitas la noche;
víctimas del Futuro y del Misterio,
en capullos terribles y magníficos
esperan a la vida o a la muerte
Eros, ¿Acaso no sentiste nunca
piedad de las estatuas?

Piedad para las vidas
que no doran a fuego tus bonanzas;

ni riegan o desgajan tus tormentas;
piedad para los cuerpos revestidos
del armiño solemne de la calma,
y las frentes en luz que sobrellevan
grandes lirios marmóreos de pureza,
pesados y glaciales como témpanos;
piedad para las manos enguantadas
de hielo, que no arrancan
los frutos deleitosos de la carne
ni las flores fantásticas del alma:
piedad para las pulcras cabelleras,
místicas aureolas—
peinadas como lagos
que nunca airea el abanico negro,
negro y enorme de las tempestades;
piedad para los ínclitos espíritus
tallados en diamante,
altos, claros, estáticos
pararrayos de cúpulas morales;
piedad para los labios como engarces
celestes donde fulge
invisible la perla de la Hostia
—labios que nunca fueron,
que no opresaron nunca
un vampiro de fuego
con más sed y con más hambre que un abismo.

Piedad para los sexos sacrosantos
que acoraza de una
hoja de viña astral la castidad;
piedad para las plantas imantadas
de eternidad, que arrastran

por el eterno azur,
las sandalias quemantes de sus llagas;
piedad, piedad, piedad
para todas las vidas que defiende
de tus maravillosas intemperies
el mirador enbiesto del orgullo...

¡Apúntales tus soles o tus rayos...!

Eros. ¿Acaso no sentiste nunca
piedad de las estatuas?



JULIO SUPERVIELLE

Nació en Montevideo, en 1884, ciudad en la cual transcurrió su adolescencia. En París cursó estudios universitarios y allí se radicó definitivamente.



Su primer libro "Poemes de L'humour triste", publicado en francés, tiene marcada influencia simbolista. Viaja mucho por Europa y el norte de África. De nuevo vuelve a América, y de la pampa se lleva un puñado de tierra americana en los bolsillos. "Debarcaderès" señala su evolución. La amistad con Romain, Vildrac, Fargue, Eluard, la completan.

"Gravitations" ya es la poesía cósmica y conmovida, de tono grave, que solo encontramos en Laforgue, de quien es primo hermano.

Ha publicado también, en la N. R. F. dos novelas humorísticas: "L'homme de la pampa" y "Le voleur d'enfants".

De cuando en cuando se acuerda de sus amigos uruguayos y los convoca en su linda estancia de Santa Lucía (R. O.), en donde el río está alto y los barquitos se ven como navegando entre el pasto.

MONTEVIDEO

Yo nacía y por la ventana
Pasaba una fresca carroza.

El cochero despertaba la aurora
Con un golpecito de látigo sonoro.

Flotaba un archipiélago nocturno
Aún sobre el líquido día.

Las paredes se despertaban y la arena
Que duerme aplastada contra las paredes.

Un poco de mi alma se deslizaba
Sobre un riel azul, a contra-cielo.

Otro poco se iba mezclado
Con un pedazo de papel volante.

Y tropezando con una piedra
Guardaba su fervor prisionero.

La mañana contaba sus pájaros
Y siempre empezaba de nuevo.

El perfume del eucaliptus
Se asustaba del aire extendido.

En el Uruguay sobre el Atlántico
La hierba era la hierba, las raíces

Las raíces. Y el horizonte
Se acercaba para ver las casas.

Era yo el que nacía hasta el fondo sordo de los bosques
Donde tardan en nacer los retoños
Y hasta el fondo del mar donde las algas se levantan
Para hacer creer al viento que puede bajar hasta ahí.

Alrededor de su circuito la tierra hace su ronda
Y palpa con su atmósfera todas las cosas.
Las rutas, los bosques submarinos, las cabezas de los
[nadadores
Y los pies de los buzos.

(Trad. de M. G. C.)

EN EL ESPACIO Y EN EL TIEMPO

Henos aquí a los dos como ante el mar
Bajo el salino avance de los recuerdos

De tu sombrero aéreo a tus talones casi en punta
eres ligera y sensible

como si los pájaros estriados por la luz de tu patria
remontasen la corriente de tus sueños;

Ah! querrías echar puentes de sol entre países que
separan los océanos y los climas,

y que se ignorarán siempre,

Las noches de Montevideo no serán nunca coronadas
de celestes rosadales pirenaicos,

los montes de Janeiro quemantes siempre y jamás
consumidos no empalidecerán bajo los dedos delicados
de la nieve francesa,

y tú no podrás oír, si no es en tu corazón, la marea
de las avenas argentinas,

ni formar un solo amor con todos los amores que
escalonan tu alma,

y cuyos miles de humos no se unirán jamás en la
espiral de un solo humo.

Que tus rápidos párpados se resignen, oh desesperada
del Espacio!

No te aflijas, tú, cuyo tormento no remonta como el
mío hasta las edades que tiemblan detrás de los ho-
rizontes.

tú no sabes lo que es una ola muerta hace tres mil
años y que renace en mí para morir aún,

ni la alondra inmóvil
desde hace muchas décadas que se vuelve en mí una
alondra nueva,
con un corazón rápido, rápido

presuroso de acabar:

no te aflijas tú que ves en la noche una amiga a quien
maravilla tu sonrisa afilada por el crepúsculo

en la noche armada de estrellas innumerables y hor-
migueante de siglos,

que me fuerza para medir su violencia
a echar la cabeza para atrás,
como hacen los muertos, amiga mía,
como hacen los muertos.

(Trad. de A. Presbich.)

GRAVITACION

La mirada del astrónomo
toca en el fondo perdido
entre el follaje del mundo
a cierta estrella en su nido,
una estrella descubierta
que de sí misma inexperta
sometida a esa mirada
efímera de un mortal
canta sola en la hondonada
del cielo una canción dulce
y grave, perecedera
en el vértigo abismal.

Hilos de plata o platina
tanto embrollan lo infinito
que el rayo de la retina
suscita allí leve ruido,

lejos ronda a lo vivido
interroga a las tinieblas
fabricantes del olvido
y a las estrellas cegadas
cuya órbita en el espacio
fija es como la esperanza
y la desesperación.

Los peces, las violetas,
las alondras y los lobos
guardan su voluntad presta
a volver hacia nosotros;
leopardos que se mueven
con tigres y con panteras
en su maleza interior
como en la jaula dan vueltas,
y las fieras fabulosas,
el alma llena de riesgo,
por entre las nebulosas
se asoman de su destierro.

Bajo la gran marejada
que se eleva y le desciende
bambolea y se despunta
el cenit como un trinquete,
el universo a la tierra
en su corazón la mece
entre el ardiente rumor
de océanos planetarios
y la luna que se acerca
a espiar nuestras ideas

descubre arenas y rosas
al atraer las mareas.

(Trad. de Corpus Barga).

TIERRA

Tierra pesada que se disputan los arco-iris y los cadáveres
Y estatuas de nariz roída, bajo el oro incansable del sol,
Y los vivos que protestan levantando sus brazos hasta
[las nubes
Cuando en tus mataderos silenciosos les ha llegado el
[turno.
—Ah! tú cobras caro a los aviadores por su licencia de
[veinticuatro horas,
Les arrancas el corazón a tres mil metros de altura,
El corazón que se creía una flor en la selva celeste.—
¿Por mucho tiempo seremos los pastores de tu aprisco
[de nubes,
De tus montañas megalómanas y ríos cazadores de luna,
Y tus océanos rengos que vienen con aire de avanzar
Y titubean en las playas
Menos ágiles que esos niños que juegan en la arena?
¿Dentro de ciento noventa mil años, existirá todavía el
[trueno,
El rayo y los cuatro vientos que giran sin remisión,
Los hombres desnudos estarán todavía encadenados en
[sus generaciones,
Y seguirán de hinojos en su aroma las rosas penitentes?
Maldita, nos envileces a fuerza de retenernos,

Tú nos revuelcas en el barro, hechicera, para llamarnos
([barro,

Tú nos destrozas y deshuesas, y haces papilla de
[nuestros cuerpos,
Y alimentas tu fuego central con nuestros más tímidos
[ensueños.
Pero, ¡cuidado!, que pronto has de ser la pobre vieja del
[espacio,
Y de lo más lejano del cielo se te verá venir haciendo
[ademanos

Y oiremos decir a la tropilla de soles jóvenes y apuestos:
—Es ella todavía, la rotosa de los tres cuartos,
Con el vientre al revés y la cabeza fría,
La propietaria de las cuatro estaciones,
La vieja sórdida hilvanada en sus longitudes!
Y más rápidos que tú se escaparán los soles
Abandonando grandes carcajadas de risa durable
Que acabarán por ser playa crujiente de astros.

¡Cuidado! sorda y muda de conveniencia,
Líbrate de la cólera de los hombres elásticos,
Y el complot que maduran esos callados fumadores de
[pipa,
Que ya están hartos de tu gravedad y de tus objeciones,
¡Cuidado! no te planten un par de cuernos en la frente,
Y se embarquen un alba en infinita emigración
Atraídos por la canción de una marinera celeste
Cuyo largo rumor ya está colonizando la noche.
De los tres mástiles se volarán algunas olas hacia las
[bordas,
Irán al cielo, aldeas, lavanderas y abrevaderos,

Campos de trigo en la sonrisa de sus amapolas,
Jirafas embaladas en algodón de nubes,
Un elefante escalará la cima nivosa del aire,
Los peces lucirán en el agua celeste,
Y muchas barcas subirán hasta la sonrisa de los ángeles,
Caballos de la pampa han de trotar de prado en prado
Sobre la hierba tibia de las constelaciones,
Y vosotros mismos, esqueletos de las primeras horas del
[mundo,

Os maravillaréis de encontraros de nuevo
Con esta carne que hizo vuestra dulzura en la vida,
Un corazón renacerá en vuestras costillas tenaces
Que esparaban pacientemente el remoto milagro
[subterráneo,
Y vuestras manos ondularán como las margaritas al
[viento!

(Trad. de Antonio Vallejo).



JUANA DE IBARBOUROU

"Nací en Melo en el año 1895. Me casé a los 18 años. En 1918 debuté en "La Razón", en un artículo que suscribió Salaverry. En 1919 apareció "Las lenguas de diamantes", en 1920,



"El cántaro fresco", en 1922, "Raíz Salvaje". Maristany publicó en Barcelona una buena selección de mis poesías. Mionandré prepara otra en francés. En costa Rica apareció una del "Cántaro Fresco" en la biblioteca del convivio de García Monje. Ahora trabajo poco, pero lo que tengo lo creo, no sé si por vanidad, ilusión, o exacta auto-crítica, lo mejor de todo lo que he publicado. Acaban de ser aceptados como textos escolares, dos libros míos para chicos: tengo además otro para niños del cual forma parte la "caperucita

roja" publicado en "La Nación".

Y por sobre todo, soy dueña del verso mejor, del verso vivo que supera a todos y que me enorgullece: mi hijo."

MAÑANA DE FALSA PRIMAVERA

Alguien ha sacudido un plumero en el aire
Y ha pasado una esponja al sol de la mañana;
Alguien, entre las sombras, limpió hoy los badajos
locos y relucientes, de las viejas campanas
 Que despiertan la iglesia;
Alguien, al sacristán,
le ha inyectado inquietud en las venas del puño
Que tira de la cuerda sucia que va a la torre;
Alguien, al caballito manco de mi lechero
Le ha despertado alegre, con ansias de empolvarme
Y de subir en ese "número 38"
Que corre hacia la playa. ¡Oh mañana de Agosto,
 De mediados de Agosto,
absurdamente tibia, absurdamente limpia,
que se ha disfrazado con las cosas bonitas
 de un alba de Noviembre.

UNA VOZ

Yo no sé qué alma sola
Va cantando ese tango por la calle.

Debe ser algún alma
Así como la mía
Loca y reconcentrada
Ardorosa y huraña.
He hundido la cabeza entre las manos

El cantor invisible
Se alejó por la calle
Blanda de pastos viejos
y dentro de las cuatro paredes de mi cuarto
Me he quedado soñando.

Por un montón de noches
Ya tengo compañeros.

LOS PINOS

Yo digo ¡pinos! y siento
Que se me aclara el alma.
Yo digo ¡pinos! y en mis oídos
Rumorea la selva.
Yo digo ¡pinos! y por mis labios pasa
la frescura de las fuentes salvajes.

¡Pinos, pinos, pinos! Y con los ojos cerrados,
Veo la hilacha verde de los ramajes profundos.
Que recortan el sol en obleas desiguales
Y lo arrojan, como puñados de lentejuelas
A los caminos que bordean.

Yo digo ¡pinos! y me veo morena
Quinceabrileña
Bajo uno que era amplio como una casa,
donde una tarde alguien puso en mi boca,
como un fruto extraordinario
el primer beso amoroso.

¡Y todo mi cuerpo anémico tiembla
Recordando su antiguo perfume a yerbabuena!

Y me duermo con los ojos llenos de lágrimas
así como los pinos se duermen en las ramas
llenas de rocío.

LA HORA

Tómame ahora, que aún es temprano,
y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora, que aún es sombría
esta taciturna cabellera mía.

Ahora, que tengo la carne olorosa,
y los ojos limpios, y la piel de rosa.

Ahora, que calza mi planta ligera
la sandalia viva de la primavera.

Ahora, que en mis labios repica la risa,
como una campana sacudida a prisa . . .

Después . . . ¡Ah!, yo sé
que nada de eso más tarde tendré . . . !

¡Que entonces, inútil será tu deseo,
como ofrenda puesta sobre un mausoleo!

¡Tómame ahora, que aún es temprano
y que tengo rica de nardos la mano!

Hoy y no más tarde. Antes que anochezca
y se vuelva mustia la corola fresca.

Hoy, y no mañana.... ¡Oh amante! ¡No ves
que la enredadera crecerá ciprés...?

LA ROSA DE LOS VIENTOS

Todas las rosas de la tierra
Han dejado en mis dedos su fragancia
Traspasada de luz y de lluvia.

Pero ahora yo quiero una, solo una
celeste y única
que has de traerme tú, si me amas.

Aplica al oído
el caracol resonante del mar.
Quizás en su murmullo sorprendas el secreto
de la ruta trasoceánica
a través de la cual la podrás encontrar.

Y alza los ojos a este claro cielo de Mayo,
como un pastor caldeo supersticioso y pensativo
tal vez de la vía láctea se desprenda la estrella
que ha de señalarte el camino.

Yo quiero la rosa de los vientos
la que ninguna mujer ha tenido
en la cintura ni en los cabellos
como un juguete fantástico
la haré girar entre mis dedos.
Y a tí, Bolivia, te mandaré el aliento del trópico
Y a tí Brasil,
el pampero que huele a llanuras de trébol.

En el ángulo extremo de nuestro puerto
Reiré feliz y maravillada
Haciendo bailar mi rosa.
Feliz de poseer el don divino de dar
un soplo cálido a la altiplanicie helada
y una fresca corriente al horno tropical.

Tú, indio aterido, vas a tener
El tesoro ensoñado de un cocotero
Y un árbol de café.

Y barrerá la costa crepitante de Santos
Oh! pobres negros de las haciendas
El abanico tónico e imponderable
de las brisas sudeñas.

Si tú me quieres,
anda vé a buscarme esa flor sin igual,
La metereología es una vieja indiferente y sin amor.
Entre mis manos ágiles de piedad,
la rosa de los vientos
se abrirá como una bendición.

EMILIO FRUGONI

"Nací... ¡Para qué hablar de edades! Ya no tengo cuarenta, por cierto; pero mi vejez es como el horizonte: se mantiene lejos de mí, retrocediendo a cada paso que doy en el camino de la vida.



Como poeta creo ser más joven hoy que hace veinte y cinco años. He publicado los siguientes libros de versos: "De lo más hondo", "El eterno cantar", "Los himnos", "Poemas Montevideanos", "Bichitos de luz", "Canti di fede" (traducción italiana de algunos poemas que no figuraban en ningún libro) y "la epopeya de la ciudad".

Como esta es una antología poética, en la que y para la que sólo interesan naturalmente los poetas, no debo hablar sino de mis obras en verso. Y de éstas yo no debo hablar sino para citarlas."

LAS PLAYAS

I

Montevideo tiene un aire de pereza.
Tendida cabe el río, sobre colinas gayas,
aburrida bosteza
hacia el espacio, por sus cinco playas.

¡Oh, las graciosas playas de Montevideo!
Abren sus blancos brazos, como con el deseo
de estrechar todo el río en sus arenas,
y el río les regala el cabrilleo
de sus aguas serenas.

Ramírez y Pocitos, y Carrasco y Malvín
y Capurro, hospitales que curan el esplín.
En ellas tiende el Río de la Plata
sus sábanas de espuma para la conjunción
de sus aguas azules con la arena de plata
en que lento se acuesta el río, como un león.

Con esas cinco playas, que son bocas divinas,
sonríe en el estío a las auras marinas
que la perfuman al pasar,
dejando en esas bocas un ósculo del mar.

Montevideo tiene un aire de pereza . . .
Al descender los días estivales
sobre sus costumbres casi coloniales,
es como una criolla joven, pero algo obesa,

que al sol se despereza
con movimientos lentos y sensuales.

Sus pupilas se encienden de un fulgor repentino,
sus labios refloran con dulzor de pitanga,
y su garganta arroja al aire cristalino,
como una piedra, el grito de su risa guaranga.

Hacia las cinco playas vuela el aburrimiento
de la ciudad, en automóviles y tranvías,
y allí lo contemplamos, en aquel somnoliento
desfile por las ramblas, igual todos los días.

II

¡Playas armoniosas! En su blanco seno
Yo sorbo de bruces, junto al mar sereno,
con labios voraces,
la savia esencial de la vida,
que hierve en las ondas y flota en el viento.
En ellas mis ojos audaces
gustaron visiones de carnal belleza
que me depararon un deslumbramiento,
y también un poco de vaga tristeza
como deshojarla como flor al viento...

Yo adoro esas playas, y en ellas adoro
a las mil ondinas de cabellos de oro
o de bronceados o negros cabellos,
que muestran sus cuerpos flexibles y bellos
ante el mar sonoro.

Yo adoro
los muslos pulidos, los brazos, los cuellos
de mujer desnudos, en la arena llena
de chispazos de oro.
¡Playas! las sirenas
cantan a los ojos sobre las arenas
que el día rescalda,
ofreciendo al aire los senos, la espalda,
las carnes morenas
que el sol les madura con su beso gualda.

Playas deliciosas que adoro y envidio;
sobre vuestro seno aventan su fastidio
voluptuosamente divinas ondinas;

¡oh, playas divinas!

Yo envidio las ondas que abrazan y tumban
los cuerpos de diosa, tal como en un lecho;
con mil dientes blancos les muerden el pecho,
y, al fin, jadeando, a sus pies se derrumban...
¡Playas, playas, playas! bocas sonrientes.
¡Playas, playas, playas! brazos en que veo
mecerse confiadas mil formas vivientes
que admiro o deseo.
¡Playas, playas, playas de Montevideo...!

BICHITOS DE LUZ

Oh, sueño, aprendizaje de la muerte,
viaje por el país de las tinieblas,

puente de sombra y de quietud tendido
sobre la mar inquieta;
barca que nos conduce cada noche
a una isla desierta
y desde allí nos trae cada mañana
a la costa del mar, y aquí nos deja . . .

EL CANTO DE LOS CUATRO VIENTOS

Este es un dragón de fuego
que anda por los aires paseando las llamas
del Trópico. Un huésped molesto.
Nos arroja al rostro un cálido aliento
que nos pone tirantes los nervios.
Nos abofetea con mano candente
y hace de cada espíritu un infierno.

Este es un tábano irritado.
Su aguijón inocular el veneno
del mal humor y la cólera sorda

que de súbito estalla como un trueno . . .
Entra por los confines de Río Grande y trae
el Brasil en su pecho.

Este es un gaucho bravío que llega
a galope tendido de la Pampa argentina.
Viene en una carga de malón de indios,
saltando los cercos de los horizontes
y atropellando poblaciones.

Hace silbar el tiento de su lazo
enlazando molinos a la distancia.
Y con el tiro de sus boleadoras
piala pararrayos en los miradores.

Pasa por encima del Cerro
casi sin advertirlo, y entra
a saco en la ciudad, levantando los toldos
y enloqueciendo las banderas.
Irrumpe en las casas
Por las ventanas abiertas
y sacude a rebencazos
las puertas.

Barre el cielo de nubes
a ponchazos y lo pule y lo deja
como un cristal azul que rayaría
el vuelo de una abeja . . .

Este es un barco que viene
desde el estrecho de Magallanes.
Descarga el frío del Polo
en nuestros umbrales,
y hacia tierras del norte
sigue su viaje.

Este es un gran pastor de nubes . . .
Las viene conduciendo desde el Atlántico.
Como si fuesen corderitos
trae las nieblas entre sus brazos
para soltarlas en el cielo
montevideano.

Se complace en cubrir de nubes
Todo el espacio
poniendo un toldo a la ciudad
semejante al de sus patios.
Es el dios que hace la lluvia.
Lo bendicen los hortelanos;
y le entonan los aljibes
resonantes, un canto.
Es el dios de las tormentas,
Es un pastor que ataja sus rebaños
con la honda de las centellas,
y usa como cayado
para andar entre sus majadas,
el rayo.

EL CANILLITA

Ya te encontré
pájaro de un ala,
tu ala es de papel,
a rayas negras, negras sobre una hoja blanca.
Ya te encontré
pajarito que corre y salta
sostenido
por una única ala.
Adherida a tu cuerpo
con rigidez de aleta o de membrana,
tu mismo a manotones
grandes girones de papel arrancas,

y lo esparses a tu paso
entre la multitud urbana.
La multitud cruzas piando
y eres como un ave
que atravesase un negro bosque en marcha,
sobre un rayo de sol que en el ambiente
tiembla como una rama
te posas un instante
y cantas.
Y tu pregón pregona
la efímera sustancia de tu ala.
Tus manos la dispersan
a los vientos que pasan.
En la ciudad que se abre al nuevo día
como una flor con pétalos de casas
eres todo un latido
vivaz del corazón de la mañana.
Eres palpitación de clamoreo
desde que el sol se alza
hasta que en el océano nocturno
el ascua de oro, el barco iluminado
de la ciudad naufraga

•

En los umbrales luego
te acuestas a dormir heroicamente
sobre el último resto de tu ala
y la maldad de la calle te salpica
sus negros salivazos la calzada.

Pequeño vendedor de hojas banales
que reflejan la vida cotidiana
en tus manos aprietas

tornada en tinta y en papel el alma
de la ciudad inquieta y rumorosa
donde tu grito clavas
una y mil veces a través del día
como un puñal de plata.

Pequeño canillita
pajarito de un ala
pues que el infecto limo de la calle,
te macule el espíritu y lo apaga.
Yo te veo — maldita la miseria!—
como una lacra
Y pido que los dioses te protejan
contra el vicio y la crápula
entre los cuales vives agitando
tu única ala,
no por cierto a manera de un escudo
sino como una vela solitaria
en la que soplan implacables vientos
que impulsan yo no sé a donde tu barca.



POETAS NUEVOS

FERNAN SILVA VALDES

"Nací en Montevideo el 15 de octubre de 1887. Mi crianza empezó en Sarandí del Yí, pueblo cito en el corazón del país, y concluyó en Montevideo. No fui universitario. Descendiente



de familias criollas que las revoluciones empobrecieron, crecí chumbeando pájaros y despojando frutales como cualquier muchacho de barrio. A los 15 años me sujetaron en un empleo público, que conservé durante mucho tiempo. Sé poco de los libros y algo de la vida. Hice frecuentes y largas excursiones al campo. Admiré a los gauchos hasta querer serlo. Me hice guitarrero, cantor y jinete. A los 20 años no le reculaba a nada. Escribí mis primeros versos a los 16 años; eran décimas gauchas. Hasta los 20 fui poeta gauchesco;

sabía quién era Hernández e ignoraba quién era Homero, ¡por esta cruz! Un día me avergoncé de mi ignorancia y compré una historia de la literatura. Luego me atraqué de Darío y Herrera y Reissig. Arrumbé mi *Martín Fierro*, vendí mi caballo, empeñé y perdí las pilchas de mi apero, y en 1913 publiqué "Anforas de barro" versos. Aprendí a bailar tango con corte, frecuenté los cabarets y en 1917

publiqué "Humo de Incienso", versos también. Después, una enfermedad me llevó otra vez al campo. Lo amé, lo sentí de nuevo. Mis 30 años empalmaron en los 20. Volví a la ciudad con los ojos deslumbrados por el sol de mis cuchillas y de 1919 a 21 me salió "Agua del tiempo" y luego "Poemas Nativos". Hasta aquí mi ayer. Ahora le estoy cantando a los gringos, a los hombres rubios de nuestros campos."

EL PONCHO

Pobre mi poncho viejo, ya lo estaba olvidando!
Para que se oreara lo he dejado
extendido en el cerco;
y luego de una noche a la intemperie
amaneció cubierto de rocío,
húmedo de alborada,
húmedo y estirado
como si el viento se lo hubiera puesto.

Pobre mi poncho viejo, vas perdiendo el color!
También, no es para menos
con las lluvias y las tormentas
que te han lavado,
con los soles y los veranos
que te han secado;
Y aún te quedan abrojos prendidos en los flecos,
abrojos amarillos
que parecen semilla de recuerdo.

En el baúl causabas
impresión de abandono, pero ahora
que te ha dado la noche, y el cielo y el sol,

eres casi el de antes, todavía conservas
sabor a crin de potro, y a campo y a fogón.

Pero entonces tenías algo de heroico;
El invierno y el viento te ponían romántico;
con tus listas marrones y con tus listas claras
flameabas en mi cuerpo como una bandera
de la que yo era el asta,
Eras una bandera y eras un aletazo.

¡Cómo estamos de unidos uno al otro...
hasta el mal cuarto de hora que los hombres tenemos
Me lo recuerdas con las dos quemaduras
Que te hizo aquella bala,
Esas dos quemaduras que son como dos manchas.

Aún estás saturado de otro tiempo;
del tiempo en que mi vida se agitaba
Debajo de tu gran cuadrilongo,
Y las puntas de mi golilla
Se abrían en el aire, enlazándome el cuello
como si fueran dos bracitos blancos,
Poncho, cuando te extendiendo no cabes en el cuarto;
Te pasa lo mismo que a mi me pasaba;
cuando vine del campo no cabía en el pueblo.

Poncho
Que después de una noche de intemperie
Amanece cubierto de rocío
Húmedo de alborada,
húmedo y estirado
como si el viento se lo hubiera puesto.

EL BUEY

Es pesado; es tardío; y hasta cuando está suelto
Parece que llevara algo de arrastro.

Camina torpemente,
como si siempre fuera uncido a la carreta;
como si le estorbara
el pedazo de sexo que le falta.

Camina torpemente pero jamás tropieza.
Y entre sus cuernos en forma de cuna
parece que al andar acunara al Progreso.

Su pelo, negro o blanco, es opaco y es sucio;
En cualquier estación tiene pelo de invierno.

Su vida está partida en dos mitades,
como de arriba a abajo:
de ternero a buey;
Por eso
Sin haber sido padre tiene mucho de abuelo.

De mañana, de tarde, se aburre a toda hora;
Pero cuando se aburre más que siempre
en ausencia del hijo que nunca tuvo
Se acaricia a sí mismo con dos palmos de lengua.

Es tan inofensivo como su sombra
y a su sombra buena
Procrean las palomas y los pájaros mansos
como riéndose de él.

Es bueno más que bueno;
No tiene ni un pecado y sin embargo
Se castiga los lomos con la cola
Como con un cilicio.

El arado es su perro y es el yugo su cruz.
La claridad del día lo sorprende en el campo.
Soplando humo de aliento a lo largo del surco;
Es tan madrugador, que todas las mañanas
Por entre sus cuernos se levanta el sol.

LA CARRETA

Entre dos picaneadas
viborea la hilacha musical de un silbido. . .

Y pasa dando tumbos la rústica carreta
Trae bueyes manchados
y el carrero de siempre,
que es un poco compadre
y otro poco romántico;
usa tras de la oreja
un caliente clavel colorado;
monta un caballo lerdo y esgrime una picana
con soltura en el brazo;
esa brava picana con la que ha tiempo viene
—desde los horizontes naranjas o encarnados —
azuzando a los bueyes
y midiendo el largor de los pagos.

Y pasa dando tumbos la rústica carreta.
Un arroyo risueño
quiere atajarle el paso con su cinta celeste;
caen al agua las ruedas y el arroyo que es bueno
—pagando bien por mal—
con su propia agua herida le va colgando flecos.

Y más allá es un cerro
que la convida al ocio
mostrándole de lejos sus piedras de colores
que son como cristales que le han sobrado al cielo.

Mas la carreta no repara en ello
porque lleva al costado
otra cosa más linda, otra cosa mejor:
la boca del carrero, viva y húmeda,
frunciéndose en silbido y abriéndose en canción.

Y el carrero entre canto y silbido
se da a soñar
y a fantasear
la hora de la tarde,
un rancho
una ventana
cuadrículando un rostro que se escondió fugaz,
y entre las dos arrugas de su frente curtida
aquella ventanita es como un ojo más.

Mientras el hombre sueña las yuntas laboran
hundiendo la pezuña y agachando el testuz;
bajo la T mayúscula que hacen pértigo y yugo
parece que llevarán más que una T una cruz.

Prosigue envuelta en polvo la rústica carreta;
lleva un dolor de ejes como un dolor de huesos;
rueda tembleque y rota
de tanto dejar cargas al portal de los pueblos,
tal como esas mujeres viejas y enflaquecidas
de tanto dejar hijos
al portal de la vida.

Enfrente a una carreta me voy sintiendo niño
a pesar de su facha claudicante y grotesca,
y su andar sin premuras, su andar de caracol,
tiene algo de alado y algo de tiempo antiguo,
y todo porque un buey se llama "golondrina",
y porque otro buey se llama "picaflor".

EL TANGO

Tango milongón,
corazón del arrabal:
Eres como una viruta musical,
como una viruta de bandoneón.

Como una queja que se estira
produciendo escozor y placer;
Eres una música que se respira,
que tiene forma de curva y que huele a mujer.

Música primitiva pero civilizada;
que calienta la sangre y emborracha a las gentes;

una música rara
que se acompaña con el cuerpo,
y con los labios y con los dientes,
como si se mascara.

Pegajosa como la miel,
y que fatiga sin fatigar;
resbala por los nervios como un riel,
y se baila con los cinco sentidos
puestos en el bailar.

Tango:
Por entre la cadencia de tu música queda
yo palpo la dureza viva del arrabal,
como por entre una vaina de seda
la hoja de un puñal.

Tango milongón,
Tango compadrón,
que a pesar de bailarse con todas las ganas
se baila como sin ganas,
como en carriles de lentitud;
Eres un estado de alma de la multitud.

HOMBRES RUBIOS EN NUESTROS CAMPOS

Hombres de ojos azules
y de rubia cabellera
que vienen a juntar
su vida a la vida nuestra

y el oro de su pelo
al de nuestra bandera.

Hombres de ojos azules que vienen a sembrar
trigo en nuestros campos
y a ser trigo ellos mismos
con su color dorado.

Su melancolía de emigrantes
se ha de hermanar muy bien con la melancolía
sensual de nuestros paisanos
y de nuestras paisanitas.

Sus pañuelos de vivos colores
han de ser como flores
entre nuestros pastos,
y sus nostálgicas canciones
y sus vistosos bailes regionales
de figuras bizarras,
se van a colorear de blanco y de celeste
al influjo de nuestros pasados pericones
y del moño romántico que usaban las guitarras.

Hombres de ojos azules y oro en la cabellera
cuando una criolla rubia sea la flor del pago
habrá una alegría nueva
en los campos uruguayos.

EL NIDO

Los árboles que no dan flores
Dan nidos;
Y un nido es una flor con pétalos de pluma;
Un nido es una flor color de pájaro
Cuyo perfume
Entra por los oídos.

Los árboles que no dan flores
Dan nidos. . .

LA SIESTA

He dormido la siesta debajo de aquel árbol
Por eso estoy tan sucio de polvo y hojas secas
Y tengo en las pupilas una impresión de selva.
El sol al dar la vuelta me quemó varias veces
Haciéndome cambiar de sitio o de postura.

Al despertar del todo me quedé boca arriba
Y ví un nido en lo alto de las ramas,
Un poco más abajo de la copa,
—En el lugar del pecho—
como si fuera el corazón del árbol;
Y un churrinche, inquieto en su plumaje rojo,
Entraba y salía como un golpe de sangre
Por el corazón del árbol,

PEDRO LEANDRO IPUCHE

Nació en Treinta y Tres. De muy joven vino a Montevideo, en cuya ciudad se radicó definitivamente, "La época en que me crié, dice Ipuche, me hizo vivir realmente el feudalismo criollo.



la palabra inspirada.

Se carniaban las vacas paradas. Se enlazaban toros con lazos de 15 brazas y 6 tientos. Había gauchos de brazos palanqueros. Se hacían yerras de puro pial. Trillas con eras de piques y yeguas circulares. Asaltaban los matreros las poblaciones. Se traían a los desertores atados a la barriga del caballo".

Su primer libro "Engarces" es ya comienzo de nativismo. "Alas Nuevas" lo revela como el poeta fuerte y hondo de siempre. Más tarde publica "Tierra Honda" y últimamente "Júbilo y Miedo". Es autor también, de un folleto sobre "Lautremont y Laforgue".

Ipuche es el gaucho cósmico de nuestra tierra, poseído del don de

TRAGEDIA DULCE

¡Estoy herido de Naturaleza!
Nací cerca de un río oscuro y largo
Y de una sierra crespa de aspereza
Donde nunca sentí mi genio amargo.

Un día inocentón y memorable
Vinieron a mis manos nuevas y ágiles
Unos librotes de portada amable
Que abrieron de mi ser las puertas frágiles.

¡Cuentos en iris! Ellos desplegaron
Mi espíritu infantil a todo vuelo:
Y desde entonces mis ojos buscaron
La Ciudad de Oro en lo lejos del cielo.

Y hoy desde la Ciudad veo mi sierra
Y mi río estirado y tan huraño
Y siento una nostalgia que se aferra
Y que me ahonda en un gozoso daño.

Vuelvo a mis pagos y a los pocos días
La ciudad me despierta en un recuerdo:
Y hallo pequeñas las cuchillas mías
Y en los caminos viejos ya me pierdo.

Y mi dulce tragedia anda conmigo:
Desde las calles duras y agitadas.
Me emociono al pensar en las crispadas
Piedras y en la flexión del río amigo.

Y me envuelvo en la lánguida fragancia
De aquellas selvas que crucé, pequeño:
Y el recuerdo, a través de la distancia
Aclara mi niñez con un temblor de sueño.

LOS CARREROS

I

Y por los quietos caminos
Vienen los carreros,
Desplícenles y fuertes y cetrinos,
Misteriosos y fieros.

Vienen los carreros,
Tarareando sus lentos estilos,
Y aguijando los bueyes mañeros
De belfos babosos y pasos tranquilos.

Las carretas gemebundas
De ásperos varales y toldos curtidos
Estiran dos franjas largas y errabundas
Con sus ruedas de ejes rayados de ruidos.

Pendulea el muchacho,
Y el perro sombrío viene a la culata
Torpe y borracho
Por el sol de Enero
Que desata
Sus llamas de plata.

II

Vienen los carreros,
Con la lanza de paz de la picana
Flexible sobre el hombro;
Con la pierna cruzada
Sobre la cruz paciente del caballo;
Y tocando en los lomos manchados
Con el clavo feudal de la tacuara
La yunta de los bueyes delanteros,
Los macizos cuarteros,
Y los fuertes y gordos pertigueros.

III

¡Tira güey!
¡Pertiguero, güey!
¡Barcino güey!
¡Delantero, güey!

Vienen los carreros,
Asperos del polvo volador del campo,
Abochornados por el sol abierto
Que se lanza a los campos totalmente.

Visten el liso chiripá, sujeto
Por el brazo apretado del cinto;
Calzan cruces tamangos de tientos.
Y bajo el sombrero caen las cuatro puntas
Del pañuelo listado de colores
Que los defiende del fuego del aire
¡Oh, sencillos amigos de brazos quemados,

De barbas criollas,
Y de ojos hechos a entender el día,
Y hechos a ver las noches hasta el fondo:
Carreros ocre de la tierra mía!

Vosotros fuisteis los primeros,
Taciturnos carreros,
Que enseñaron a andar al terruño:
Cuando mi raza, ensangrentada y triste
Se dió al trabajo, y pudo desdoblarse
Al trajín primitivo del comercio.

Vuestras carretas
Abrieron y anudaron los caminos,
De poblado a poblado
Con la paciencia terca que su andar alargaba
Cruzando el pajonal alto y revuelto
Y el río oscuro de ramaje suelto.
Que — arcano y desolado — se estiraba.

Y cacheteados por los vientos todos
Y castigados por las aguas todas
Entrabáis a los pueblos primerizos
Con un esmalte serio
De lo desconocido
Ante la gente crédula encerrada
En la línea apacible del lugar.

V

Yo os he visto de niño, sufridos andariegos,
Pasar por las porteras, y entrar a los poblachos,

Suspendiendo la dulce soltura de mis juegos
Entre los talas grandes y los recios quebrachos.

¡Con qué miedo os miraba venir del horizonte
Trayendo los prodigios de la ciudad ignota,
Yo, crecido entre pájaros, alborotando el monte,
Y avistando del árbol la vibración remota!

Para mí érais augures, nigromantes, herméticos,
Con vuestros rasgos bárbaros, terrosos y proféticos

Venidos del misterio para mi ingenua idea
Yo os veía con raros temores avanzar
Entre las estridencias de la carreta fea:
Y hoy se que por vosotros mi tierra empezó a andar

VI

Se han detenido las carretas
En el ala del bosque oscuro y largo
Ya desuncen sus bueyes los criollos ascetas
Y preparan el agua ritual del mate amargo.

Y el sol seco del verano
Con sus bermejas picanas
Picanea la sombra hasta el llano.

Por la noche,
Sólo se vé de lejos la inquietud de la llama
Alzar un círculo sabático

¡Y destacar al vivo
Las caras plácidas de los carreros.

¡Los carreros!
Los primeros
Viajeros
Pacíficos y fieros
Que a los caminos nuevos
Llevaron la andariega rudeza de un cantar
Ellos nos enseñaron a caminar bien lejos
Por ellos aprendimos a salir del lugar.

¡Ah mis carreros viejos
Ya os ha llegado el momento
Humano de descansar!

LUNA - SOL

Yo no sé qué prestigio de terciopelo y joya
impone la mujer,
Que es linda por la noche,
Y maga en la penumbra.

El hombre es una afirmación del día,
y es bello a mediodía.

Por la noche, la luna con el sol,
Se unen en un punto de la luna
Para fluir la vida con amor.

LA NOCHE ESPIGADA

Para Hldefonso Pereda Valdés.

Fineza, armonía limpia, corazón de
juego y de música.

La noche está espigada de blancura y hondura:
Noche abierta de estrellas.

Las tierras son flexibles y calladas.
Las tierras son danzantes y redondas
Las semillas se estiran desde Dios.

Azorado trigal de las estrellas
Rosetoneadas en la eternidad
La noche es la absoluta sembradora:
Ella bate sus tierras y funde sus semillas.
y rendida, regala su cosecha fatal.

¡Estrellas! ¡Estrellas!
¡Plantíos herméticos!
¡Primeros vegetales fascinantes!
Ellas, como los árboles, padecen
la raíz y la heroica pérdida de presencia.

La noche acerca y une sus tonos y sus sonos,
Y en un nudo sinfónico se alza,
Y se ensancha de oscuro y cerrado poder.

Para gozar la noche,
Hay que saber ahondarse

Hasta el áspero júbilo
de la raíz nocturna de la vida.

El día es la sonora dispersión
Y la noche la síntesis tremenda.

La vida es paseandera:
Salta en la luz, grita en la luz.
Pero la noche se agranda del todo,
Y de la noche vienen
el día, la vida y la luz.

Y la blanca alegría
del mediodía;
Y la bermeja intensidad feliz
del nadir
En un purificado y armonioso vivir,
Tienen que madurarse en la hosca alegría
—En la sombría y última alegría—
De una vida que se hunde hasta hallar su raíz.

¡PRIMAVERA!

I

Redondez embriagada,
Absoluta, flexible y clara,
De la Primavera.

Efervescencia fresca y jubilosa
De esta Primavera

Eflora la energía soterraña,
Y nos alza los pies.
La ondulación fina y telúrica
Nos ondula y susurra en la sien
Nos traspasa y conmueve una oculta y gimnástica
Alegría de darnos y de amar,
Como un fluido vivo, inefable, jovial.

Primavera:
Mi sangre afinada y ardiente y ligera
Conoce tus colores
Y los olores
De tus mujeres, tus aires y tus flores.

Tan lisos y sutiles tus matices:
Rosados, granas, jaldes, zarcos, grises...
En las aguas del mar se alarga el roce
Agil, rítmico y metálico
De tu presencia danzante y tu goce.

El mar alienta en frutas de aura
Y en efusión de líquidos jardines;
Y el oleaje tiembla en la copofonía
Que rebulle en la margen y el aire y los confines
Su frágil algarabía.

II

La Primavera anda en el aire:
Los pájaros vivaces, poseídos,
Cortan la luz con sus tijeras vivas;
Y el aire brilla como agua de luz.

Un árbol levantó sus brazos ásperos,
Y sacudió sus manos florecidas
El labrador sintió entre las costillas
Un asalto gozoso de cosquillas.

La tierra ondula poderosamente
De plantas festejantes y de olores
Y armoniosas violencias;
Impone sus elásticas influencias
Y late en los instintos tembladores.

En los fondos del predio aparecieron
Tres chivitos oscuros en las tetas
Rosadas y mojadas de la chiva
Que en vital acrobacia los dió al chivo.

¡Ah los perales
Nupciales,
Y los durazneros
De rosas frutales,
Y los guindos
Y las higueras,
Y los surcos trémulos y las sementeras
Donde las raíces son como hilanderas!

Curativa fragancia

Viene de las silvestres manzanillas,

El mamangá, de pelusada franja,

Roza, ronco, la flor, y en una zanja

Flota un poncho de yerbas amarillas.

Se revuelca — frenético — un caballo;

Ramonea — luciente — un burro de ojos grandes;

Saltan los terneros de frente manchada;

Y la vaca plácida de sangre tocada

Oye en la llama dulcificada

De su instinto profundo,

El mugido terrible y contagioso

Del toro taciturno,

Colérico, colmado y poderoso.

Las quintas

Tiemblan de ramas nuevas,

De hojas y de cintas;

Y el pasto humilde y bajo

Chispea con el iris del pobre escarabajo;

Y los chingolos

Y los pirinchos

Y las palomas

Y las ratoneras,

Y los pájaros todos por el viento,

Como en todas las grandes primaveras,

Cruzan y gritan su contentamiento.

III

La Primavera anda en la tierra:
Pequeños penitentes, los yuyos emanan,
Y los bálsamos sanan.

La luz irisa de telares los ramajes,
Y en infantiles mirajes
Alucina los ojos en traslúcidos viajes.

La Primavera anda en el cielo:
Como joyas de novia, las estrellas
Conminan al idilio y a la boda.
Esmaltan las astríferas centellas
Las formas nupciales de la tierra toda.

Cenaremos con la luna;
La luna esta noche
Va a ser como un sol blanco, trasnochado.

La Primavera anda en el aire;
Late en el suelo;
Está en la tierra;
Corre en el cielo,
Y arde en mí que la veo en todos lados.

Me ha herido en los costados
Dichosos del Amor y la alegría
¡Viva la algarabía!
¡Viva esta Primavera
Fuerte y asaltadora

En la armonía
Entera
Y triunfadora
De un himno!
¡Primavera!



JULIO RAUL MENDILAHARSU

Julio Raúl Mendilaharsu, nació en Montevideo el 4 de diciembre de 1887.

En 1900 hizo su primer viaje a Europa, vistando la Exposición Universal de París.



En 1905, siendo estudiante de brachillerato se reveló elocuente orador en un discurso pronunciado en el Teatro Solís, en nombre de sus compañeros de aulas.

En 1907 fué nuevamente a Europa permaneciendo siete años consecutivos. (Estuvo en Francia, Inglaterra, España, Italia, Alemania, Suecia, Noruega, Dinamarca).

En 1909 publicó en Madrid su primer volumen de poesías "Como las Nubes", con prólogo de Francisco Villaespesa.

En 1911 se publicó "Deshojando el Silencio" y en 1913 una edición aumentada en la Biblioteca de la Revista "Ariel", de París, con un elogio lírico de Leopoldo Díaz.

A fines de 1913 regresó a Montevideo.

En 1914 dirigió la revista "Tabaré", que reunió entonces la colaboración de los más destacados escritores uruguayos como Rodó, Acevedo Díaz, Zorrilla de San Martín, Víctor Pérez Petit, María Eugenia Vaz Ferreira, Alvaro Armando Vasseur, Emilio Frugoni, Delmira Agustini.

Cuando estalló la guerra europea, Mendilaharsu se consagró con la pluma, con la palabra y con la acción a la causa de Francia y sus aliados. Publicó tres opúsculos de poemas francófilos: "Franjas Tricolores", "Ante la Victoria" y "Altar de Bronce". También un volumen de poesías, "El alma de mis horas".

En 1917 fué a Francia. Visitó el frente, conoció el París durante el bombardeo. En esa época en la Semana de la América Latina, que se realizó en París, fué el orador representante del Uruguay.

En 1919 publicó en Montevideo "La Cisterna".

En 1922, el escritor italiano Folco Testena, tradujo con el título "Poemi dell'Anima e del Mare" una selección de composiciones de Mendilaharsu.

En Mayo de 1923: "Voz de Vida".

Murió a los treinta y cinco años, el 1.º de Diciembre de 1923. Ultimamente ha aparecido un volumen con el título "Selección de Poesías", que contiene las mejores composiciones de Mendilaharsu y algunas poesías inéditas.

A SHACKLETON

Oh, Sir Ernesto Shakleton!, volviste a nuestro puerto
muerto.

Hoy de nuevo has partido,
en tu última etapa de audaz explorador
hacia comarcas blancas de silencio y olvido
y de escondido horror.

Así en noches antárticas, entre el frío del polo,
estarás en tu tumba completamente solo.
Estarás siempre lejos del amor de tu tierra,
de un cementerio verde y grave de Inglaterra,
que hace sentir la muerte como playa serena
donde el viajero encuentra el término de su pena.

En navidad, distante te hallarás de los lares,
el día de la fiesta mística y familiar;
los tuyos, recordándote, te verán tras los mares
en tu sepulcro blanco como un Gaurizankar.
Apretarán tu urna mortajas de tinieblas,
asediarán tu lápida, nieves, vientos y nieblas,
¡tú que amaste el peligro y buscaste lo arcano
decidido, valiente, heroico, sobrehumano!...

Como Ibsen, no dijiste: mi barca es para dos.
Entre el frío del polo,
yacerás fuerte y solo
cual si fueras un dios.

PLAZA ZABALA

De Montevideo.

Plaza Zabala, quieta, delicada, sedante;
en mi ciudad nativa, suavizas la rudeza
de las casas solares y el hostil caminante
con tu mano en plegaria a la Naturaleza.

Te quiero con hondura anímica, te quiero
porque sugieres parques de la Europa nortea,
donde la bruma es calma, mientras aquí el pampero
abofetea el rostro pálido del que sueña...

Plaza, para mí tienes un nombre: lejanía,
ante tierras distantes y el ya distante abril.

cuando era delirante vuelo mi fantasía
y era hervir de entusiasmos mi sangre juvenil.

Junto a ti, van chirriando en rieles los tranvías;
se oye la tos mecánica de las motocicletas;
las bocinas de autos mascullan elegías
de las urbes modernas, constantemente inquietas.

Sirenas de las fábricas, gimen no sé qué lentas
agonías de hombres uncidos al dolor;
movimiento y bullicio deshacen sus tormentas
de dinamismo eléctrico y de férreo estertor.

Pero, entre tanto,
los ojos quieren ver, a veces, los paisajes
que acogen en regazos de arboledas el canto
de una garganta húmeda por emoción de viajes.

Y tú, Plaza Zabala, de mi ciudad nativa,
eres la que acaricia la música interior,
la que yace cautiva
de un pasado de fiebre, en belleza y amor.

¡Cómo te adoraría, verte, toda nevada,
al declinar la tarde, bajo amplio cielo gris!
Yo, un poco extranjero, te vería aumentada
en sortilegios como Bournemouth o París.

Pide, nieve que cae, deshaciendo plumajes
nunca vistos, la nieve para tu blanca veste,
la nieve que parece transmitirnos mensajes
de eternidad de una Jerusalén celeste.

El recuerdo, en caminos pretéritos, resbala
como una caricia en brazos de mujer.
Y mi recuerdo, ahora, en ti, Plaza Zabala
se adentra con nostalgias de mar de anochecer.

INSTANTES

I

En arcos de bahías,
los buques, al entrar, son como flechas,
hiriendo con nostalgias de los mares
a los hombres uncidos a la tierra.

II

Los puños de las rocas,
ante el cielo endurecen de blasfemias,
mas el sol, los ignora y continúa
alumbrando las cósmicas tinieblas.

III

En los rígidos brazos de las calles,
los ríos de tranvías son las venas
por donde corre sangre de cansancio
en la ciudad moderna.

NIHIL

Ya llega el amanecer
y entre los libros me encuentra.
¡Feliz leñador que vas
con un hacha hacia la selva!

Tengo los ojos cansados.
Tengo en el alma tristeza.
¡Feliz quien mira la aurora
cuando con salud despierta!

He escrito y leído tanto
que ya me hallo sin fuerzas.
¡Feliz, labrador que marchas
hacia el amor de la tierra!

Largos silencios, la noche.
La pluma el papel rasguea
y, encerrado en una estancia,
no he mirado las estrellas....

La vida pasa, veloz.
Nada durable se crea.
Una mano borra todo
lo escrito con sangre nuestra.

EMILIO ORIBE

"Nací en 1893. Niñez en los campos del Departamento de Cerro Largo hasta 1905; vida en estancias fronterizas y en un pueblo original entonces: Melo. Estudios secundarios y superiores en Mon-



tevideo, hasta 1919, en que me doctoré. Primeras publicaciones poéticas en 1912, época en que empecé a conocer las modalidades simbolistas. Colaboración en muy pocas revistas y periódicos. Tendencia a la soledad y a las exploraciones interiores. Viaje a Europa en 1920-21, manteniendo una actitud de inteligencia con las escuelas nacientes entonces. Nueva permanencia y confesión más directa con el campo americano en 1922 hasta 1925. Hoy me inclino por momen-

tos hacia los estudios filosóficos y de Estética, habiendo hecho abandono de mi profesión desde hace dos años. Aspiro a revelar en algunos de mis poemas, una América profunda, más allá de la anécdota y de lo pintoresco. Lo que pienso sobre mi obra y el futuro de lo que he escrito, así como mis ideas sobre poesía, es posible que lo diga en un libro "Deambulatorio" en prosa, que algún día publicaré".

PERFECCION DE LAS PAMPAS

Cuando se está solo
en medio de las pampas,
uno es el centro
de una circunferencia cuyo límite
se halla en el horizonte.

Perfección de pensar!
En ese instante,
si uno mira hacia el fondo de sí mismo,
lleno de soledad, puede notar,
que su alma es el centro
de una circunferencia cuyo límite
se encuentra en un umbral de alba y sombra.

También, en esa forma, si es de noche
en medio de las pampas,
oh, curioso espejismo!
se ven brillar estrellas,
que en realidad aun no han asomado
por encima
del remoto horizonte . . .

—Ah! pero si entonces,
uno mira hacia el fondo de sí mismo,
se ven brillar estrellas allá adentro . . .
¡y qué estrellas tan puras!,
que en realidad,
están ocultas en la densa sombra . . .

Más allá del umbral en donde el alma asoma!

LA MAS ALTA CIUDAD

Aéreas,
en la luz de los sueños,
con nitidez de joya, aquella noche
se me aparecieron
las ciudades antiguas,
con la cruz griega de sus catedrales,
la estrella desigual de sus baluartes
y las doradas cúpulas.

Ciudades defendidas por las murallas blancas!

Las ciudades marítimas también,
a la luz de los sueños,
con altos paredones revestidos de cal. . .

Como enjambres de ángeles las casas
de las ciudades que levanta Dios,
con pétreos coseletes de mil años
en la llanada inmensa o en el monte.

Las ciudades católicas, castillos
con muros fenestrados
a modo de gorgueras con encajes,
nidales de los santos,
ciudadelas de puentes levadizos
y anchos fosos.

Yo ví en sueños todo-eso.
Ví todo a un mismo tiempo y en detalle.

LA MUSICA

I

¡Silencio! ¡Silencio!
Inclinadas
hacia el navío,
las grandes aves blancas, las del alto volar,
en la noche del trópico
se ponen a cantar.

Asomadas,
en la cárcel brillante de las aguas
hacia la claridad lunar,
en el camino nuestro, las sirenas
se ponen a cantar.

Acodados
sobre la popa del navío,
unos hombres oscuros en ruta de emigrar,
oyen llenos de júbilo esas voces,
pero sólo saben callar.

II

¡Silencio! ¡Silencio!
Ahora, las estrellas,
desde las doce casas del zodiaco,
se asoman a las puertas abiertas sobre el mar,
y elevando una luz entre las manos,

antes de darse al delicioso sueño
se ponen a cantar.

Y temblando,
al borde mismo de los labios,
nuestros corazones,
suspensos en las notas del concierto estelar,
—también oscuras formas en ruta de emigrar!—
oyen toda la música del mundo.

Pero sólo saben callar.

EL PAJARO ROJO

Pájaro tropical,
tenue como una llamita frágil,
que ebrio de luz estival
cantas — ¿una canción? — y ágil
huyes hacia el oscuro matorral.

Tú, que cortas mi viaje,
con qué alegría súbita conversas
en la fiesta del sol y en el paisaje
como un montón de chispas te dispersas!

¿Me recuerdas? ¿No evocas este modo
de asombro, este andar por los desiertos,
con la honda en los brazos bien abiertos,
allá en la estancia de los padres muertos?
Pobres, qué lejos todo!

Oh tiempos transcurridos.
Y cuántos seres idos.
Hoy, bello, fuerte, audaz, te he vuelto a ver.
Qué grande la sequía! Los ganados
buscaban sombra.
Tú ibas a encender
con tu cuerpo de llamas, los sembrados,
las parvas. . .
Grité: Qué vas a hacer!
La cosecha!
Pájaro mío no la harás arder!

Desde un junco viste
que se acercaba a tí un muchacho triste.
Me dejaste acercar
y escuché tu hablar:
—oye, y acaso llores, me dijiste.
No eres, extranjero,
ni la sombra de aquel divino bondero.
Y me quedé llorando
mientras tu canto oía.
Te fuiste. Regresaste, cantando. Volando.
Estabas despertando
en mí la americana poesía.

Oh pájaro de fuego!
A mi mano has venido.
Pronto has entrado en mí por el oído,
resquicio de un tejado solariego.
Te llevaré al hogar
y han de decirme allí al vernos entrar:

—Traes la roja amapola que ha aprendido
a volar
y a cantar.

Bendito seas. Por hacerme bien
huíste del conjuro de la hembra
y también de las albas de la siembra.
Las albas, que te vieron
mil veces balanceándote tranquilo
en un junco delgado como un hilo.

Gracias. Vámonos . . .
Te acojo
con mano tierna y en mi hogar te alojo.

Mi corazón te doy, que es luz, agua de río,
trigal de oro, rocío . . .

Desde ahora
balanceándose irá tu cuerpo rojo
en el verso mío.

VICENTE BASSO MAGLIO

"Nací en la tierra entre millones de hombres. No sé si es una de las frases de Aristofanes. Escribí el primer poema para la Re-



vista "Bohemia" de Falco, Herrerita y otros. Lo titulé "Invernal". No publiqué más por algunos años. Luego con Eduardo Dieste y otros artistas, fundamos "Teseo". Entonces, publiqué "El diván y el espejo".

Después de nueve años de labrar, labrar, labrar, me sale el segundo: "Canción de los pequeños círculos y de los grandes horizontes". Lo editaré este año. Creo haber dado en lo que buscaba. Es de-

cir, le tengo confianza. Pienso que a través de la vida, no se "hace" más que un libro. Al final, está dado todo el acento del espíritu con claridad".

SENTIDO DE LA PUBERTAD

Vaga, bajo la sombra, mi corazón alegre;
Toda su paz, hallado; todo su ardor, cumplido.
Clara meditación, frescura verdadera
De la vida!

Dardo de soledades, ya desmayado, ahuyento,
En él, que está sin rutas, ni tampoco se viste
De girasol sangriento.

Así, bajo la noche, levanta, al fin, la rueda
De la confianza pura y del ensueño libre
La corola agotada que desprende la abeja
Al llegar el rocío.

LA MELODIA

Batalla de ternura sobre el esmalte viejo
Al fin, la ruda lengua consigue el vigor fino
Vertiendo en la sal viva de los cauces alegres
Ese polvo dorado de los vasos antiguos.

CANCION DEL RECUERDO

Evócame partiendo bajo luna de guerra
No con alegre espiga,

Sino con dulce espada,
Gajo de la neblina.

Evócame tendido en nácar de descanso
O frente al día puesto como clarín del párpado!

Evócame sin sueño sobre el escollo viejo
Del pájaro marino
Mientras bajan los grandes soles sangrientos
Y se levanta la estrella de los navíos.

Evócame de vuelta andando en tapiz fresco
Con el color de lluvia que afina a los ausentes

Oh tú que harás
Con mi claro recuerdo,
Estilo de tus vasos, música de alfarero.

FORMA EN QUE SE SATISFACE EL DOMINADOR PROFUNDO Y DESCONOCIDO

Cerca de Tí quien llega irguiendo la mirada
O endureciéndola como espiga,
Se la aquietas, refrescas y matizas
Como una dulce porcelana.

Cerca de Tí, encuentra alegre lazo
El vagabundo y el que es como corola,
Cerca de Tí, se torna
Suavemente esforzado y se desata
Y abre cima de aromas.

Y Tú, que eres espejo de imprudentes
Y no cauce de magia que aduerme los perfiles,
A todo el que enrojece su inflamado reflejo,
De armadura de miel, por fin, lo vistes
Y, ya tornasolado el metal de la guerra,
Toma el color de los gemidos!

Cerca de Tí, el grito que rebasa
La voz del manantial y la luna da la música
Se desmaya y es cuerno que se nubla
Y trompeta de lágrimas
Porque Tú estás vaciando toda garganta cruda...

Cerca de Tí quien venga en granos firmes
O crea que se abriga con madurez de estrellas
O haya cerrado el brote de su trigo
Ciegamente,
O desengarse antes para acabar la espera,
Saciará su avidez con panes grises
Como el menguante fino que plateas.

CARLOS SABAT ERCASTY

Carlos Sabat Ercasty es el poeta que a la distancia está gritando lo que es. Su figura es popular en Montevideo: todos lo imaginan poeta, aunque lo ignoren como tal.



Fuerte, alto, de mirada azulada como lo ha pintado Cúneo (de la mirada tal vez provenga su amor por el mar), con una sonrisa siempre dibujada en los labios, pasea por las tranquilas calles de Montevideo su gallarda silueta, espantadora de burgueses chiquitos y regordotes.

Su poesía está entonada perfectamente con su aspecto físico. Como en Walt Whitman el hombre canta al poeta. Sabat Ercasty ha dicho del mar, cosas con

una vez tonante, y la naturaleza y la vida, le inspiran siempre esos poemas sinfónicos suyos, que se escuchan como salidos de una gran masa orquestal, en la que predominaran los instrumentos de percusión y de viento.

Su primer libro: "Pantecos", 1918. Sucesivamente: "Poemas del hombre" 1917, "El libro del mar", "Vidas" y "El vuelo de la noche".

RETORNO

Fluída, alada, etérea, forma astral, luz, ensueño,
más que mujer, visión; inefable armonía;
angélica, arcangélica, sobre un mundo pequeño,
negro de horror y de odio, así te presentía.

Mírame como llego a anegarme en tu seno,
a desmayarme ciego de sufrir en tus brazos,
a sentirme más puro y más dulce y más bueno,
a olvidar tantos años de amargor y fracasos.

Pasional y mordido por todos los deseos,
con el sacudimiento de las ganas humanas,
entre inmensos delirios, bajo oscuros mareos,
me fuí del niño diáfano que encantó las mañanas.

Me fuí por los caminos de los seres violentos
sin saber que el destino me lastimó la vida
con una extraña herida de imposibles tormentos
y que todos vendrían a ensangrentar la herida.

Doblado, arqueado, curvo, bajo cimbreados pesos,
con qué ganas tan hondas de llorar he llegado,
con qué encendida súplica vine a gemir tus besos
que son como de música en mi cuerpo llagado!

Dulce, consoladora, curativa, balsámica . . .
echado en tus rodillas de blanduras piadosas,
sobre esta angustia última, lacerante, satánica,
te hiciste noche y música, te hiciste luna y rosas!

Te hiciste noche y música, te hiciste ensueño y nave
te hiciste mar y viaje, te hiciste ruta y vuelo...
arcangélica, etérea, estrella larga y suave
que se inclina a mi sombra y se abraza a mi anhelo.

Junto a tí, que descanso! Oh tú, la que esperabas
al que entre todo hombre tuvo el alma más triste,
al que entre todo hombre por su dolor lo amabas,
y por su atroz angustia de todo bien le huiste!

CANCION DEL LABRADOR

El aire de la mañana
me llena el aire de fuerza.

Mis hijos crecen
bajo la confianza de mi brazo.

El arado abre la tierra
como a una esposa.

Los bueyes de Dios
caminan entre los muslos de la tierra.

Las semillas caen de mi mano
al vientre del campo.

La nube de las lluvias abre una grieta al trigo
y la planta levanta sus brazos de niña.

Mi esposa me mira a lo lejos !
pálida de creerme otro trigo.

Una gota de sudor y polvo
hace mi frente buena como un árbol.

El mediodía sostiene el sol
en la rama más alta de la mañana.

CANCION DE LA NUBE

Estoy sobre el campo arado
la tierra siente mi sombra
sobre su cuello
y me reconoce.

La acaricio como una mano.
Los surcos abren sus labios
y me llaman
esperando mi lluvia.

Mis primeras gotas no se ven
sobre la sed de la tierra.

La madre ansía henchir el pecho
y darle mi leche a las semillas.

Yo quiero irme toda a la tierra
Yo me aprieto y me exprimo
hasta caer toda sobre el campo.

Cada gota mía
está abriendo una semilla
con su llave milagrosa.

Mientras cantan mis labios
desato el nudo de la fecundación.

La pequeña raíz me bebe
y me sube por el hilo de la primera rama.

Yo soy la humedad de la hoja
y la frescura de la sombra.
Yo levanto el azúcar de la tierra
y ensancho la cintura de las frutas.
Yo goteo de los racimos
y los pájaros me pican
en la sazón de las uvas.

El fuego del sol me levanta en el aire
y mi agua creadora
abrirá de nuevo con su llave azul
la grieta anhelante de las semillas.

La nube vuelve a la nube.
La planta vuelve a la planta
El ritmo trae y lleva
todas las cosas buenas
que embellecen el mundo.

ALEGRIA DEL MAR

Alegría del mar! Alegría del mar! Alegría del mar!
Los vientos resalados danzan, corren, asaltan!
Los vientos anchos muerden las grandes aguas locas!
Ruedan ebrias las olas
Blancas hileras de espuma señalan
los peñascos negros bajo las olas verdes!

Alegría del mar! Alegría del mar! Alegría del mar!
Las bocinas del viento
hinchan los caracoles de las islas duras
con largos cantos ágiles!
Ah, el furor de la música, la salvaje potencia,
los anhelantes gritos, los acordes crispados
de las olas violentas de vientos y de sales!
Alegría del mar! Alegría del mar! Alegría del mar!
Es esta la hora cósmica
la hora desenfrenada del Océano!
El negro pulmón
sopla los huracanes de colores oscuros
El sol abre en las nubes grandes puertas azules
con sus manos de fuego.
El viento retuerce los mástiles
y hace gritar las quillas y las proas
con voces resinosas y calientes.
Alegría del mar! Alegría del mar! Alegría del mar!
Entre todo el tumulto palpitante del agua,
entre las olas ebrias, entre los vientos ásperos,
frente a las rocas agrias y las islas amargas,
baila mi corazón sobre la nave,
danza en la inmensa música con sus pasiones libres!

Alegría del mar! Alegría del mar! Alegría del mar!
La ola golpea contra el límite!
El viento se rompe contra el límite!
El huracán y el mar combaten contra el límite!
Ah,
ebriedad, locura, fiebre, crispación, rabia, delirio!
Las rocas se rajan y saltan!
Los peñascos se doblan rugiendo!
Las islas gritan con su pecho negro!
Los faros silban con su brazo enhiesto
salpicado de sal!

Alegría del mar! Alegría del mar! Alegría del mar!
Mis ojos van a estallar de júbilo!
Todo empapado y agrio de espumas y de sales,
Yo voy sobre la proa profunda de peligros!
Los vientos se castigan ágiles y furiosos
Las olas se levantan enloquecidas, ebrias
Rugen en el océano las entrañas amargas
Ah, libertad,
maravillosa libertad,
palpitante, delirante, febriciente, trágica,
infinita alegría de la fuerza libre!
Mi corazón!—Mira!
La ola golpea contra el límite!
El viento golpea contra el límite!
El mar entero y vasto golpea contra el límite!
Corazón mío, danza sobre la nave
Llora y grita, ríe y canta!
Yo aguardo el instante del prodigioso escollo
donde se estrellarán las viejas tablas
Ah,

cuando mi cuerpo blanco, extenso y luminoso
vaya en las grandes olas a la orilla divina
hacia lo inesperado de un destino más alto!

La ola golpea contra el límite!

Alegría del mar!

Alegría del mar!

Alegría del mar!



ENRIQUE CASARAVILLA LEMOS

Siempre digo que nací el 9 de Octubre de 1890, pero ahora, ante el temor de que algún historiador me descubra, entro en el riesgo de decir la verdad: fué en 1889.



Estudié en el Seminario, entre los jesuitas (¡casi me olvido de mis ojos!).

En la Universidad, no recuerdo bien, estuve uno o dos años.

En 1920, publiqué "Las Fuerzas Eternas" (poesía). De pronta publicación: "Desnudez" en tres partes.

A veces trabajo en la costa del mar y ando entre los pescadores. Neptuno por allí me acompaña; y en ciertos momentos me dá esperanza de dejar el empleo en el Instituto de Pesca.

Por ahora nada más.

Mi colaborador es: (sin responsabilidad por tener 20 años) Nicolás Fusco Sansone.

SONES

La belleza ligera . . .

la ligera belleza

la belleza ligera del amor y la música,

¡eso es lo que yo busco, eso es lo que yo adoro!

cuando mi

sueño doran

las risas

de las brisas

a lo largo del sol

debajo de la luna

(los indecibles lados de la luz y el amor)

cuando mi sueño llevan con sus dedos las brisas

¡la belleza con ala cual las sueltas aromas,

la ligera belleza del libre corazón

descuidado sin lágrimas del peso de los días!

AL AVIADOR CAIDO

¡Sonoro de victorias! . . . y llorante deshecho!

Cual por potente sombra alcanzado, has caído.

Del sol el trueno de oro se nubla entristecido!

Mi queja sueña darte ¡explorador! por lecho

mortal altura y cielo por ser el suelo estrecho

para tus vastas alas despedazadas! Pido

nubes y astros—no flores—para cubrir tu pecho,

y de montañas fiesta como ante un dios vencido.

¡Más fatal y veloz que un dios de muerto nombre
es tu impaciente muerte la plenitud del hombre...!
¡Vuelos innumerables van a seguir tus rastros
dieran dioses su pompa y estruendo por tu suerte
sangrienta y loca! Siempre los ríos han de verte
ardiendo en las alturas ¡volando entre los astros!

LAMENTACION RELIGIOSA

¡Estrella mía! . . .
¡Nunca sabemos nada, bajo tu infinita gloria!

La roca de nuestra frente
se ha partido y gastado
en lóbrega guerra con los cielos

Sólo el sentimiento puede transformarnos. . .

Estrella mía...!
Mundos infinitos, divinos,
de augurio vago
giran sobre nuestras cabezas!
próximos al borde del fin,
falsos corderos sedientos,
nos ven!

Mundos monstruosos y airados,
resbalan
a nuestros fatales pies. . . .

¡Estrella mía!
siente nuestro seco clamor,
nuestro exhausto
y hundido clamor...!
Sólo una luz de amor nueva y nívea como de nacientes
[lirios angélicos.

Sólo el sentimiento puede transformarnos!

¡Menos
 que una piedra—
la más ruín de las piedras perdidas, — amamos!...

Estrella mía!
 ...tú anuncias, tú sabes...
tú enciendes o incendias!...
¡tú puedes!

Semihundidas cosas,
destrozados lobos... jamás entraremos
por en medio
de las melodías:
nunca veremos
las riberas de las armonías
de tu infinita gloria....

¡Sólo el sentimiento puede transformarnos!
Si de él fué — en el albor de los astros—
de él nuevo ha de ser la victoria,
la blanca, la libre, profunda
unida y soñada victoria del orbe.

JUAN PARRA DEL RIEGO

Juan Parra del Riego nació en Huancayo, el 20 de Diciembre de 1894, en el momento de la revolución de Pirola contra el General Cáceres. Nunca hizo estudios universitarios. Se inició en la literatura desde muy joven, publicando sus primeras poesías en



"Los balnearios del Barranco". Fué laureado en 1913, en los juegos florales del Barranco, por 12 sonetos, en los cuales cantaba diversos aspectos de la ciudad. Su niñez fué la de un niño travieso, extraño y audaz. En el mismo año estrenó una comedia en un acto y tres cuadros, titulada "La verdad de la mentira". Desde su juventud se le despertó el deseo de viajar, haciendo frecuentes incursiones por las ciudades del Perú, después de las cuales volvía a su casa con una Biblia por todo equipaje. Luego emprendió sus largos viajes. Ya no volvería más al Perú.

Estuvo en Chile, Argentina, en Europa, y se radicó definitivamente en el Uruguay. Allí encontró amigos y un ambiente propicio a sus obras. Quiso siempre que lo consideraran poeta uruguayo, por eso lo incluimos aquí. En Montevideo, publicó "Himnos del cielo y de los ferrocarriles" y se casó con Blanca Luz Brun. Enfermo ya,

escribió y publicó "Blanca Luz". Murió en un Hospital de Montevideo, en 1925.

SERENATA FUNAMBULESCA

Acróbatas, andarines y palomas.
Encaje azul de la luna suspendido en la guitarra —
Angeles curiosos junto al piano de ella.
Sobre la mesa, solo, el abanico tierno
Serpentina, columpio, trampolín, cometa...
Flor del mar... nubes felices... marineros...
Puerto de joyas, de lágrimas, de locos y buques muertos
Acordeón... trenzas azules... pipa lenta...

Polichinela, gaviota,
copa de pérdida.... regreso...
corazón,
pájaro ciego....
Auxilio en el mar... emotisis... se lo llevaron...
¡Se lo llevaron!
Noche de luna... Isabel... platillo... rosa... suspiro...
las regatas de colores de su risa en el jardín...
árabe... tambor... puñalada... potro nocturno... sirena...

Luna de tapias... un puente...
¡llegaron los carabineros!
Cuelga el ahorcado en un árbol.
Pasó el farol de las brujas...
Amaneció el piano abierto...
A las tres de la mañana mueren todos los enfermos.

¡Madre no viene. . . . ¡No viene!
En el cuarto sólo el espejo lleno de dramas fijos. . . .
Lucerías de la fiesta. . . .
El sermón del violoncelo a los escépticos
Palidez
Espanto
Jota.
Pantomima, frac, angustia.
Calavera del payaso. . .
Abanico,
volatín,
canción,
olvido,
lucero azul de la aurora
y en la mesa solitaria del que dió su corazón
un revólver y una rosa que ella nunca me dejó.

SERENATA DE SURAY ZURITA



Tiene párpados de luna mi agonía.
De la mar yo vine loco de soñar.
Me perdí en un puerto mudo donde el día
estaba muerto de esperar.

Zuray Zurita
¿no me oyes llorar?

A la mar me fuí con velas de colores. . .
de la tierra estaba sucio de luchar. . .

Tercos sueños cazadores
dolorido de caminos y tambores,
yo la quería esperar!

Zuray Zurita,
¿no me oyes llorar?

Y le dije a la paloma y a la estrella:
mi corazón la quiere encontrar,
moribundo de canciones voy tras ella,
y es más muda que la muerte ¡y es tan bella!
y es más fina que la mar.

Zuray Zurita
¿no me oyes llorar?

Me ha manchado la amargura,
años arduos y asesinos me han enseñado a olvidar...
luna azul de mi sombrero: la locura,
y mi capa de andarín: todas las olas del mar.

Zuray Zurita,
¿no me oyes llorar?
Y le dije: vengo extraño,
no me puedes recordar,
gota a gota de mi sangre todo el año...
estoy ciego de llamar...

Zuray Zurita
¿no me oyes llorar?

Tiene el cielo una campana
y un jardín tiene la mar.
Volanta de cintas llena de mañana,
la ví... y no la pudo mi alma alcanzar.

Zuray Zurita
¿no me oyes llorar?

Yo he visto en almas y en pechos
a un alacrán perforar...
Yo he visto hogares deshechos
y a payasos de colores que a la luna de los techos
daban un brinco estelar.

Zuray Zurita
¿no me oyes llorar?

Yo tenía una alegría,
con el arpa de la aurora me ponía a caminar...
Pérfida languidez de la melancolía
me iba una seda lenta matando día a día
y mis ojos se perdieron en las estrellas del mar

Zuray Zurita
¿no me oyes llorar?

POLIRITMO DE LA MUJER VEGETAL

¡Guitarras bajo las higueras! ¡Trompos azules del día!
Aquí está la fresca amada vegetal!

La que ví y el alma mía
se me abrió como una fruta musical! . . .
Ojos con pájaros, caderas de ágil tazón de soles
a carreras de naranjas, margaritas y manzanas
por mi sangre la sentía atravesar . . .
La que ví y me dió el amor de las mañanas,
(¿Sonaba nidos? ¿Colgaba frutas? ¿Oía a rosas?)
y unas súbitas nostalgias misteriosas
de montar caballos blancos, trepar árboles, nadar . . .
madrugar todos los días
e irme solo por los campos! verde andarín! ¡loco andarín!
con mi campana de lejanías
y el pecho alegre como un clarín

(Rey Salomón ¿Dónde está tu arpa para cantar?
Rey Salomón ¡pandero y vino para bailar!
Rey Salomón ¡qué sulamita para besar!)

Parada, un árbol . . .
echada, un río . . .
sentada, un alba sentimental . . .
¡corazón mío!
¡corazón mío!
nos curaremos de todo mal.

La que sólo parecía alimentada con flores
la que ví y en una gruta
de albaricoques, palomas, racimos de uvas y olores,
se quedó como un barquero solitario con la luna.
a temblar mi corazón.
(oh, querida, fresca, fresca,
ágil y alegre querida,

¡que vergüenza, qué vergüenza
de haberme dejado hacer tan triste por la vida!
¡Maquinistas silenciosos de las noches estrelladas!
La que ví y sobre mis penas rudas, solas y calladas
(oh! segadora fina que amó mi alma)
pasó cantando sus cantos de medio día y pasión
con su risa vendedora de naranjas,
con la música crecida de sus senos
y las cerezas alegres de su joven corazón.

¡Oh! partir con ella un día...!
Oír la estrella de las guitarras de las lagunas,
ver los caminos,
la metafísica angustia sorda con que los pinos
miran las lunas
Andar... soñar...
Besarla súbitamente loco bajo las parras y las higueras
¡cantar...! ¡gritar!
Zumban abejas... rocío... flores... nidos...! los nidos!
¡Que cuchicheo de cuentos de hadas en los oídos!
Correr... reir...
sentarnos solos junto a los árboles a comer guindas
con dedos finos de amor y de cristal...
(¿de dónde sube esa serenata de violetas?)
Y hasta algún sapo que a nuestro lado llega
tirando sus volteretas
de payaso de la luz! Cubista acróbata matinal!

¡Oh, vivir juntos!
¡llorar unidos la misma lágrima y ver unidos la misma
[estrella!

Partir con ella
en un auto que tira su sangre panorámica
a noventa kilómetros por hora,
locos de alegría, de claridad
(la luna nos sigue corriendo, hermanita... Ya miro la
[aurora...])

¡adiós, nubl!
¡adiós, árbol!
¡adiós, pobre luz de allá, sola...!
locos de alegría, de intimidad,
de libertad,
de fe - li - ci - dad...
¡Pañuelos de las estrellas que llaman mi corazón!
Ya no quiero más amores con las de seda y de luna
Aquí está la que el espejo de la luz trae en la frente!
la que vive, sufre, ríe, ama, canta, engendra, siente...
la del amor natural, claro, fragante, indistinto,
sabor a arcanas verdades, fuertes de aires y soles,
la que vé, y alza el instinto,
todo el coro de sus vivos y dramáticos alcoholes,
La que me llenó de rosas
y músicas y banderas,
la que me dió más resueltas las ideas generosas,
la que no enerva, disuelve y mata de lejanía,
la afirmativa, la vegetal,
¡la que es la mía! ¡la que es la mía! ¡la que es la mía!
marcha de frutas, albas y soles ¡marcha triunfal!

JULIO J. CASAL

Nació en Montevideo en 1889.

Fué Cónsul del Uruguay en la Coruña, y actualmente ocupa un cargo público en la Asamblea Representativa, permutado con Eduardo Dieste.



Muchos libros de versos ha publicado Julio Casal, podíamos citar algunos títulos: "Regrets" 1910, "Allá Lejos" 1912, "Cielos y llanuras", 1914, "Nuevos Horizontes", "Huertos maternos", pero de poesía, como el mismo lo confiesa, solamente tres: "Arbol", "Humanidad" y uno próximo "Patio".

En 1920 fundó en España, la revista "Alfar", vinculándose estrechamente a los ultraístas, y reuniendo en calidad de alfareros a los escritores jóvenes, que colaboraban asiduamente en las páginas de aquella revista.

En 1927, sucursal probable de "Alfar" en Montevideo.

SILENCIO

Silencio del alba
la brisa no quiere
despertar el agua,
le ofrece el cordaje
de su guitarra
el diáfano paisaje.
Sus dedos resbalan
sobre la dormida
voz de la guitarra
la brisa y el alba
en puntas de pie
por los campos andan
y el paisaje piensa
¿Habrà poca música
en mis verdes cuerdas?
Los ojos del agua
se cierran de sueño . . .
La noche pasada
velaron a un sauce
los ojos del agua
cómplice silencio
ilumina el alba
La brisa no quiere
despertar el agua.

EL CIEGO

Firmeza en el andar.
Una sonrisa
de par en par.

¡Con qué ternura y devoción
Yo habría
cedido al hombre ciego,
para hacerle la ruta
limpia y blanca
el hombro
del lazarillo azul de mi mirada

MARINEROS

El ancho puente de hierro
palpita y se balancea
como un barco cuando pasa
la alegría marinera.
Con una aguja de luz
y un hilo de firme seda,
en la gorra de un marino
prendió el cielo tres estrellas.
El limpio azul ultramar
que hay en sus blusas incendia
los claros ojos del aire. —
con tanto azul parpadean....

VELEROS

Alegría de los veleros de la mañana.
Vienen cantando
sobre el mar de plata.

Se detienen
en la rada
del día y hacia el sol,
—alto abismo—
echaron el ancla.

Alegría
de los veleros de la mañana.

Y un pájaro, capitán
de los veleros del alba,
feliz de llegar al puerto,
como un marinero canta!

EL BUEY

Husmea en el aire
un tibio olor a establo,
y rumía en el silencio
la hierba del cansancio.

Lleva la cruz del yugo
y es de madera como la de Cristo.

Como una maldición,
en su martirio arrastra
la falta de su sexo,
mientras soporta el agrio
regocijo chillón de la carreta.

La canción del boyero,
es la única brisa saludable
que se desliza sobre la aspereza
de su piel amarilla,

En las largas jornadas,
se alimenta
con bocados de sol
de viento y tierra.

Y a pesar de su sed,
pacientemente,
lame el paisaje
con sus ojos muertos.

FEDERICO MORADOR

Nació en Montevideo. Hijo de militar, su padre quiso transformarlo en soldado, obligándolo a ingresar en una academia para fabricar milicos, pero Morador se reveló contra la disciplina cuartelera, per-



mutando militarismo por universidad. Pero allí, tampoco, sentíase Morador a su gusto y abandonó, como casi todos los poetas, los estudios universitarios para dedicarse enteramente a la literatura.

En 1920 fundó la revista "Los Nuevos" con Ildefonso Pereda Valdés, dándose a conocer literariamente. Su primer libro de poemas "Poesía", fué una revelación y un éxito. Si

Morador hubiera continuado en esa senda tan bien abierta sería hoy uno de los primeros poetas uruguayos. La influencia universitaria lo perjudicó. El Morador que huyó de la Universidad para cantar "Poesía", es hoy un profesor de Literatura, que reniega su estética original y se empeña en volver al clacisismo.

Publicó además: "El libro de ella" y "Conversaciones literarias".

ENCUENTRO

Cuando caían las primeras
hojas, la ví por vez primera
y era tan linda que pensé:
Yo debo ser indigno de ella!

Nos contemplamos con un gesto
de identificación divina.
Y fué todo!

Ella estaba con sus amigas.
Se coloraron sus mejillas
poco a poco.
Se coloran de igual manera
Las cerezas en el cerezo
para que sean descubiertas
entre el follaje desde lejos.

Tanto importa hacerse notar
que sólo se es bella por eso.

PASEO

En el gentío de la calle,
de todos colores y modos
Que viene, que llega y se aleja,
Bajo el frío cielo de Mayo
¿Qué es una tricota violeta?

Entre los ruidos de los autos
Y el rumor de los que conversan
Y el viento y una y otra risa
En el ensanche de la plaza
¿Qué es una voz conocida?

Entre los ojos preocupados
Y la atención de las vidrieras
Y las recordaciones tibias,
Cuando ya se encienden las luces
¿Qué son unas grises pupilas?

Entre el tráfico de la gente,
En el ensanche de la plaza,
Después que se cierran las tiendas. . .
No le quiero decir a nadie
Qué es una tricota violeta!

PUERTO

Este es un puerto.
En la laguna de mi corazón
Te iré anclando mi silencio. . . .

Este es un puerto.
Yo te espero
Bajo el techo de un rancho.
largo como las alas de una perdiz volando.

Este es un puerto.
cuando me das la mano desnuda
como la confianza. . . .

Este es un puerto.
Abrázame y alza los ojos
Hacia el cielo. . . .

Abajo está la cruz de las anclas,
arriba está la cruz de los mástiles,
contra mi pecho,
la cruz de tus brazos abiertos.

EL CERROJO

Troc. Troc. Detrás del cerrojo
Estoy contando mi vida
Para que lleven el chisme
las comadres de la villa.

Le dirán a la que quiero
Las cosas que yo hago. . . Es mía
Mi vida y yo puedo hacer
Lo que quiero de mi vida!

Troc. Troc. Detrás del cerrojo
Te he de encerrar algún día. . .

De este lado está la carne
Y de ese otro la ceniza

Y en el medio está, sin fórmulas,
El secreto de mi vida.

Por el ojo del cerrojo
Han mirado lo que hacía
Y te lo irán a decir:

“Hemos espiado su vida,
El hombre estaba desnudo,
Desnudo como una viña,
haciendo en unos papeles
patas de mosca con tinta.”

Pero tú me has de querer
Igual por toda mi vida
Porque estos versos que hago,
—Troc, troc, detrás del cerrojo—
Son versos de brujería....

AMOR DE CINE

Amor de cine,
ruidoso y simple,
casi en la oscuridad
amor a las cinco de la tarde!

Los chicos gritan y aplauden
y las ingenuas institutrices
comentan los personajes.

amor de cine con una inglesa rubia
que lee a Wodsworth...
Se hace un silencio.
Luego el americano mata al cow-boy
Y ella se emociona
Aunque yo le doy un beso
Amor en la oscuridad...
...Superproducción Artcraft.



ILDEFONSO PEREDA VALDES

"Imaginad a un hombre de ojos de loza, de contextura española, encorbatado a lo Pablo Picasso, armado de dos patillas a lo Rodolfo Valentino que le dan un aire de gentil-hombre español bajo Fernando VII. Agregad a esto una voz muy dulce y gestos cal-

mosos y quedaréis enterados sobre la modalidad de este curioso poeta que sorbió la violencia saludable del ultraísmo.



El conocimiento de la estética del siglo XX causa en Pereda Valdés inquietud y trastorno. Fué después de estos sobresaltos que el poeta publicó sus dos primeras recopilaciones de poemas: "La casa iluminada" 1920, y el "Libro de la colegiala". Después dió "El Arquero", volumen de crítica, de literatura y arte. Enardecido por la impulsión del espíritu de revolución literaria, Pereda Valdés funda en Montevideo la Revista "Los Nuevos", donde difundió la causa

de los jóvenes y atacó al periodismo y a la literatura oficial y filisteá. Ultimamente Pereda Valdés ha publicado "La guitarra de los negros", poemas donde el humor se mezcla a la gracia sobria y completamente moderna del libro.

Desde hace dos años colabora en "La Cruz del Sur", y en "Martín Fierro" de Buenos Aires". (Alvaro Guillot Muñoz. "Cinq poèmes nègres").

LOS TAMBORES DE LOS NEGROS

Los negros de largos tambores
de rojos collares, de plumas azules,
de labios violentos, de ojos sensuales,
llenan la ciudad de un chillerío africano.
Borocotó, borocotó, borocotó, chás, chás
Borocotó, borocotó, borocotó, chás, chás.

¡Música de la selva en medio de la ciudad!
¡Alegría de los negros de dientes afilados!
Un Rey de chuchería, va haciendo ceremonias,
con una solemnidad de payaso africano.
Borocotó, borocotó, borocotó, chás, chás
Borocotó, borocotó, borocotó, chás, chás.

El candombe derrocha color
en el tablado de serpentinas,
donde los negros danzan al son de los tambores
hasta romper el tímpano de la ciudad.
Borocotó, borocotó, borocotó, chás, chás
Borocotó, borocotó, borocotó, chás, chás.

Cuando la ciudad se apaga de luces y colores.
Y muere el carnaval en la primera aurora.
Los negros se retiran. Y mi corazón que es un tambor
al latir repite sordamente, locamente:

Borocotó, borocotó, borocotó, chás, chás
Borocotó, borocotó, borocotó, chás, chás.

LA GUITARRA

A Pedro Leandro Ipuche.

¡Cuerdas de la guitarra
camino de las arañas de los dedos!

Caminando, caminando,
Las arañas trabajan los sonidos.

Dormía una canción en el hueco
de una guitarra,
salió volando, volando,
en busca de otro nido.

Los payadores tienen en las manos
la seda de los cantos.
Lo mismo que Jesucristo,
la "Vidala" se va en sangre!

Los payadores siguen
en el telar de las cuerdas.
tejiendo canciones gauchas.

CANTO A LA MUJER DE AGUA Y VIENTO

A María Clemencia.

Mujer de mar, mujer de carne quemada
sobre los ojos azules de las olas.

Sirena de siete colores,
coronada de algas,
al salir de tu lecho de sales
has dejado la huella de tu cuerpo en el agua,
mientras los peces sin ojos te buscaban
en lo abismal sin esperanza alguna,
y las gaviotas tontas de sal y viento
sobre la pradera de las espumas
emprendían sus vuelos.

Te soñé la mujer fuerte,
quemada de sol, besada de mar.
La mujer de agua y viento
la mujer salada y sensual,
de senos sabor de fruta, color de mar.

Yo había visto el mar en tí antes de ver el mar,
porque las olas de tus sonrisas
aparecían y desaparecían en tu boca,
mientras el viento sin timón rompía las espumas
sobre tu cuerpo inmóvil y en reposo.

Yo te sentí la suprema mujer marina,
con tu manto de estrellas de mar.

Y cuando saliste del agua, sirena de mis sueños salados,
estabas multiplicada en las olas de los mares australes.

MUNDO

Lámpara giratoria de la noche,
superavión de estrellas.

Astronómica y pura
la luna se desnuda.

El silencio hace ruido
mientras el mundo gira,
y batallones de estrellas
cruzan por los caminos
para encender la guerra de los astros.

Yo estoy despierto en medio de todos mis anhelos
Soy el átomo que piensa,
el átomo que asciende,
el éter remolincante,
de los intersticios planetarios.

La danza molecular empieza, ahora,
en cuanto pase el telón de una nube.

En todas partes hay mensajes invisibles,
que recojen antenas ignoradas.
Muere un hombre
en el tiempo de hacer un guiño.

Tiembla la tierra en la China,
en Ceylán el té hierve humeante.
El Cotopaxi fuma su habano de los domingos.
Ecuador es un reverbero.
New York está a tres metros del cielo.
Tokío se desploma como un mazo de naipes,
y París es la antena del mundo.

Pasan los astros girando,
baila el trompo de la tierra.
Todo esto es el mundo!

TRAYECTORIA PARA UNA VIDA

En tus manos anidarán los ángeles,
me lo dijo una mirada de Dios
posada en el arco-iris como un pájaro.
Eres la cegadora de mis malos pensamientos
y a tu lado me purifico
como un brahmán con la Sanhita del Veda.
Amazona de mis días veloces,
las horas se aceleran a tu paso
y galopan las sonrisas de la dicha.
Mientras la noche se puebla de ciudades de estrellas,
los arcos más tendidos de nuestras esperanzas,
cruzan como veleros el diámetro del cielo,
y una ansiedad de ser algo más que un pelele,
movido por los hilos de un maese Pedro irónico,
es una llama pura que nos va consumiendo.
Pero tu has prendido antorchas en mi vida,

eres la tramoyista que varía paisajes,
haces rodar los soles y mueves las estrellas.
De tus manos volarán palomas como ángeles.
Mis caminos se llenan de pensamientos buenos,
estás al lado mío
y me dictas la vida.

POEMA DEL BAILE INTIMO DEL AMOR

Yo soy el que hago bailar tu corazón.
La danza íntima mueve sus rodajes misteriosos,
y tu corazón es un oso
frente al pandero de mis manos tamboriles.
Yo conozco el resorte más oculto de tu máquina roja
como la palma de mi mano.
Tu eres mía por las más íntimas fibras de tu maravillosa
[apariciencia,
Los ríos de sangre que nacen en tu corazón
son la única geografía de mi vida.
Dos hemisferios iguales dividen los minutos y las horas
[de la existencia nuestra.
En comunidad de emociones repartimos diariamente lo
[mío y lo tuyo,
Nadie puede robarnos el placer de nuestra geometría
[equidistante,
De tu corazón a mi corazón las ecuaciones se resuelven
[siempre favorablemente,
el tiempo se dilata y una hora tiene cuatrocientos
[minutos
En cada mañana celebro la dicha de haberte encontrado.

Nos separaba una lejanía de millares de años,
en la prehistoria de nuestra existencia,
hubieron días en blanco y recuerdos sin correspondencia.
Perdidos en cada ciudad el destino nos mantenía

[indiferentes,

La araña de mi tedio trabajaba en mi provecho

[únicamente.

La geografía de mis cielos era sólo de mi pertenecía,
y yo era un triste caldeo, pesquisando astros y trazando

[horóscopos.

Ahora hemos dividido mares, cielos y jurisdicciones de

[sueños;

Las plazas me pertenecen con sus calecitas y sus niños,
Tuyas son las azoteas, los jardines y las antenas

[radiotelegráficas

El cielo se ha embanderado de nubes para celebrar este

[advenimiento.

Vivan los caminos que llevan al amor y a la dicha!

Aquí estoy en mi cieli-vida con los ángeles al costado,
surcos de pureza abrirá el arado de nuestro encuentro.

A bailar y a construir la vida porque

Yo soy el que hago bailar tu corazón.

ALVARO GUILLOT MUÑOZ

De una familia de origen francés, nació en Montevideo el 27 de Setiembre de 1897. Empezó, antes de la guerra, viaje a Europa, visitando Portugal, España, Francia, Suiza, Alsacia, etc. Estudió en la Universidad de Montevideo, abandonando luego los estudios para dedicarse a la literatura. Colaboró en varias revistas de París, Buenos Aires y Montevideo.



Casi toda la producción literaria de Alvaro Guillot Muñoz ha sido escrita en francés. En lengua española no ha hecho más que artículos de crítica y notas bibliográficas. Este poeta, que sigue de cerca el movimiento estético del siglo, es profesor de Historia de la Revolución Francesa en un establecimiento de enseñanza francés. Miembro del consejo directivo de la *Cruz del Sur*, ha organizado la sección francesa de esta revista.

Bibliografía: *Lautréamont & Laforgue*, en colaboración con Gervasio Guillot Muñoz.

Para salir: *De Rimbaud à Marcel Proust*, (crítica), y *Au dessus de la hétéronnière* (poemas), libros que aparecerán en la editorial de la C. D. S.

OPERA-PLAZA DE LA REPUBLICA

Dos kilómetros cabalgando sobre la eternidad aparente
[de la superficie.
Surco aprisionado entre inmuebles Segundo Imperio que
exhalan
correctos
el anhídrido carbónico
por los clanes de chimeneas.

Estabilidad de la apariencia.
Angustia humana actuante de los paseantes que se
[detienen
ante el escaparate de un almacén de segundo orden
antes de hundirse en las bocas del metró
Indiferencia de los señores que leen los anuncios en el
[interior de los autobuses
y llevan, bajo los zapatos, un poco del polvo ocre de la
[Bolsa y del Crédito Lionés.
Las supervivencias Luis XIV de la Puerta San Dionisio
espiralizan el fantasma del Antiguo Régimen.
Hartanza de los monóculos irreprochables
y de las damas que bajan la cortinilla del taxi cuando
[pasan ante la botica del abastecedor.
Impetu de la gravedad y de la vida celular que palpita
[sobre el pavimento
bajo la verticalidad del orden
soportando el chaparrón de las preocupaciones y de las
[inquietudes.
Liquidación de la fe que se pierde por las bocas de
[tormenta.

Ensordecimiento de las creencias bajo el pasaje de un
[sacerdote de sotana grasienta.
Flema británica filtrada que inunda los vehículos de la
[agencia Kooock.
Las agitaciones del Palacio Borbón no tienen fuerza
[para atravesar la mansedumbre del Sena.
En medio de la duración,
de la coexistencia imperturbable de los colores y de los
[olores milenarios,
el Sueño detiene los relojes y dilata los minutos.

PASEO

Una comadreja se detiene en el camino.
Un sendero fangoso, charcos corrompidos.
Y en el aire se siente lechosidades intermitentes.
La comadreja refunfuña sin esperanza junto a las
[riberas escarpadas
para aprovechar mejor la refracción
de la luz en el horizonte que se apuntala sobre la
[antracita
Oh florescencia obesa
de los troncos surcados por las babosas.
Después cantos en el arbolado.
Y la vertiginosa rotación de la Tierra
frecuenta y desconcierta los lechos de su conciencia
[teluriana
ya sea en la planicie o en los lindes
sin que la cobra pueda aclarar el grave misterio
de las emanaciones lacustres

Una nube de contornos góticos avanza
imagen de París en el siglo XV con fosforescencias
Imagen de París, ojo único de este enorme
Polifemo diforme
que es la Tierra.

FILIACION DE JULIO SUPERVIELLE

Extensión horizontal sobre la llanura.
Sombra de grandes albatros sin emoción.
no estais más frente al marino horizonte
ni frente a las lechosidades del Estuario
Más de 400 días.
sobre el mar,
estatura alta, bien afeitado, traje gris—damero—
vertical esfumado.
Voz grave que se prolonga fuera de los confines
arrastrando su bastón a la deriva
con una mano enguantada de gamo
Guanamirú se jacta de haber poseído a Mis Picadilly
Los sistemas de cerezas marinas
hacen eclosión
Indalecia resplandece en el interior de su sonrisa
El sol prolonga su erosión sin fibras
Este sol está fabricado por Guanamirú
Las contingencias del tiempo
metalizan más
el resplandor de vuestros ojos
"Futur" está allí, incendiado
Su sombra fuma sobre una baldoza ocre

sin detener la discontinuidad
de los "Vals" del Centro de la tierra
Los perros y los hombres huelen
El percal de la mestiza
El Belvedere de Trinidad
es el punto de partida
de vuestra criolla conciencia.
Un cielo burlón cae pesadamente
sobre el granito
La ola prolonga su pensamiento
en una cresta desesperada
que se escapa para volar

Sendero de pinos quitasoles
Y de Eucaliptus
Líquida arena del desierto
Nuevo acento que la pampa espiraliza
Y rehace detrás del horizonte glacial de Tierra del Fuego.



GERVASIO GUILLOT MUÑOZ

Según los datos suministrados por la credencial del Registro Civil y por la cédula de identidad de la Policía, nació en Montevideo, el 27 de Setiembre de 1897, pertenece a la raza blanca, mide 1m.78 de altura y su domicilio legal es 71 calle Lucas Obes.



Signos particulares: una cicatriz que le corta el pescuezo del lado izquierdo.

Otros datos: hizo estudios en la Universidad de su ciudad natal y anduvo por Europa antes de la guerra. Está convencido de que la tradición es casi siempre un bicho bastante feo y que el siglo XX es un siglo diferenciado y opulento. Fuera de eso encuentra que todos los nacionalismos son detestables y ridículos.

Ha colaborado en pocas revistas europeas y americanas. Libros publicados: *Lautréamont et Laforgue*, biografía y crítica, en colaboración con Alvaro Guillot Muñoz (colección del Comité France-Amérique, 1925); *Misains sur l'estuaire*, poemas (editorial C. D. S., 1926).

CONCILIO SIN COORDINADAS EL ESTUARIO

Es una fragata que va muy lejos
hacia los trópicos ilimitados
en la blancura de las velas tiende
las luces de su voluntad.

Eldorado y Cipango
están para siempre en el fondo del mar
la leyenda está enmohecida por el agua
de un mar del país de cucaña.

Un estuario al azul corrosivo
bajo el ocre vivo y el azafrán
perturba su contorno marino
con la fuerza amiga del tiempo.

EL PINGÜINO

El invierno es un antepasado elegido
por los polos y por la ballena
este viento retorcido apenas ha bebido
la eternidad que extiende la planicie.

El hielo no tiene otra reflexión
que la luz de brazos oblicuos
la simiente es pura ilusión
en este desierto de místico frío.

UN CAMINANTE

Una profecía en un cofrecillo
entre la arena indiferente,
un surtidor que anima una idea
más antigua que el movimiento,
una fuente donde bebe la hora que declina.

El viejo paisaje balbucea,
pero los siglos en su presión
detienen la idea que se aplaca
en este arranque de confesión.

Un molinete imaginario
no deja pasar más que pocos días,
el buey dormita y benigno
el caserío duerme bajo la pantalla.

No tengo para medir el tiempo
más que tu mirada que marca las horas,
el ganado corretea a través de los campos,
la extensión se desliza bajo el trabajo.

La envergadura del destino
ante la magia de lo arcano
palpita sobre el suelo calcinado
y sobre un sueño azul diáfano.

AL BORDE DE LA LLANURA

Es una unción en la creencia
que se apacigua y duerme sobre el fervor
de un atardecer de verano sin recordaciones
segado por los oros de antaño.

No dejes al borde de la llanura
el falso acorde de las voces que suenan,
tu memoria es insegura
delante de tu gesto que resplandece.

Sobre el brocal de los pozos desciende
un poco de verano que el aire consume,
el poblado sorbe un instante
la humedad en la amargura.

De un viejo sonido la campana conmovida
anuncia a lo lejos el final del día,
un día de vida se ha terminado
sobre la población y sobre las torres.

En el fondo del cuadrante maléfico
las horas agazapadas no sueñan
con el reposo puro del cielo antiguo
donde los arcángeles ya no están.

La tarde aventa un poco de tarde.
el sonido no atraviesa el espacio
sino a la sombra de las ondas negras
cuyo lento eco se espacia.

Una onda siembra la amplitud
—donde flota una sospecha de allá abajo—
de un vasto círculo de negrura
bajo el perfume que se despliega.



NICOLAS FUSCO SANSONE

Nací — sin previa consulta — el 3 de Octubre de 1904. Pocos meses después de mi vulgar llegada al mundo, dejé el seno de mi madre campesina encerrada en la ciudad, y me fui a las ubres de las cabras. Después de cinco años de campo, las escuelas de Montevideo reclamaron mi vida. Aprendí, de mala gana, a leer y escribir. Más tarde pretenden arrojarme en brazos del bachillerato. Tenía



12 años. Llamé al humorista que estaba entre los recuerdos vivos del campo. ¡Y comenzamos a jugar — aún continuamos divertidos en ese juego — con la seriedad de los hombres! Mi examen de ingreso consistió en: un no aprobado, una pelea con el portero y un sombrero (mi sombrero) abandonado en los patios de la Universidad. Me han invitado varias veces para que regrese a hacerme dueño del sombrero abandonado. Prometo ir, y me olvido... Después, de rabia porque me enseñaron a leer y escribir, me hice maestro de escuela elemental. ¡Pero

no me han llegado las ganas criminales de estropear la risa de los niños! No puedo adquirir las pretensiones necesarias para enseñar a los que saben mucho más que los hombres.

No tomo morfina, ni cocaína. No fumo, ni bebo alcohol. Me baño todos los días, uso el pelo corto, y los trajes sin manchas.

Ahora haré la confesión sincera de mis creencias y no creencias, buenas y malas.

Creo en: Fusco Sansone, Ford, Batlle, Mussolini, Pirandello, Bernard Shaw, Macedonio Fernández, Tuney, De Pinedo, Etcétera y Puntos Suspensivos.

No creo en: José Enrique Rodó, Lautremont y Laforgue (poetas uruguayos).

Referencias de mis errores pasados, presentes y próximos: "La Trompeta de las Voces Alegres" (1925). "El viento del mar" (antes que se vaya el 1927), y un libro de (Cuentos sin editor).

Nací y vivo en la casa de la calle Mercedes, N° 1480.

AMANECER

Los gallos abrieron la nueva virginidad
de los caminos
que bajo el ruido de las estrellas
se quedaron dormidos
en el silencio nocturno.

(En las flores del amanecer
la alegría del aire
detuvo su inquietud).

Los pájaros sintieron
el regocijo del cielo
y en los árboles se entremecieron
los nidos
vibrantes de claridad.

El viento dijo su canción
poniendo en las frutas
la suavidad del amanecer.

PREGUNTAS A LAS CABEZAS SIN REPOSO

Cabezas de aviadores,
Cabezas de marineros,
cabezas de vagabundos,
¡vamos a soltar los cantos
que nacen en caminos nuevos!

Cabezas del cielo,
cabezas del mar,
cabezas de la tierra,
¡yo quiero el secreto de mi amiga
agitando las cabezas sin reposo!

(¡Ah, solamente las cabezas sin reposo
conocerán mis amores libres!)

Cabezas de aviadores:
¿En qué noche del cielo
se abrió la sorpresa de sus ojos?

Cabezas de marineros:
¿En qué ciudad del mar
nació la alegría de su voz?

Cabezas de vagabundos:
¿En qué tierra golpeó
el ruego de sus rodillas?

¡El secreto de mi amiga
está en la luz
de las cabezas sin reposo!

CANCION MISTERIOSA DE LAS AGUAS
DEL MAR

Una canción misteriosa está en las aguas del mar.

¡Lágrimas de amores muertos
dieron nacimiento
a la canción misteriosa
que en la noche aparece
sobre las aguas del mar!

Es el despertar de las bocas sin besos
de los rubios amantes robados al cielo.

¡Lamentación del mar
en la oración nocturna
de los amantes que partieron
sin llevar en la frente pura
el beso de las despedidas!

Los brazos inmóviles
de los amigos jóvenes
perdidos en las aguas del mar
piden la luz de los cuellos
solitarios en la esperanza.

La luna pide los ojos de los amantes fríos,
mientras pasa
la canción misteriosa de las aguas del mar.

Y las estrellas piensan
en las cabelleras dormidas
sin las manos soñadas. . .

¡Lágrimas de amores muertos
dieron nacimiento
a la canción misteriosa!

EL CANTO DE LOS BRAZOS ABIERTOS

Los puertos nos dieron
el canto de los brazos abiertos
sobre la ansiedad de los caminos.

¡La carga misteriosa de los ojos
está en los brazos abiertos
contra las puertas del mundo!

Por la luz de los brazos abiertos
tenemos el reposo de los pechos
que agitan la bandera de los sueños.

¡Ah, amiga mía,
yo llegué hasta tu cuello
por la vía de los brazos abiertos!

Yo tuve la fuerza de tus labios
entregados a la alegría
de los brazos abiertos.

En la victoria de los brazos abiertos
tu cabeza es el faro
de mis gritos nocturnos.

¡El canto de los brazos abiertos
está sobre la ansiedad de los caminos!

(Son marineros y muchachos
los que pasan con los brazos abiertos
al llamado de la luna y las estrellas).

¡Muchas veces el mar sintió
el canto de los brazos abiertos!

¡Ah!, amiga mía,
siempre tengamos
los brazos abiertos!

¡El canto de los brazos abiertos
está sobre la ansiedad de los caminos!

NOCTURNO DEL ARBOL SOLO

Solamente nosotros sabemos
como nacen las noches
de los campos amigos.

¡Alegría de ver nacer,
con la inocencia de los niños,
la luna y las estrellas!

El árbol dulcemente abre al cielo
la boca serena de los nidos.

(Una intensidad de campana
vive en los maizales dormidos...)

Los bichitos de luz
—silenciosos juguetes de las noches—
forman la ronda más pura
en el sueño del árbol solo.

¡Ya tienes, árbol, la canción del amor
que te dieron las muchachas criollas
y las guitarras de secretos largos!

La lentitud profunda de tu altura
está hecha para el cielo
y los pájaros vagabundos.

En las noches de los campos amigos
guardas para las mujeres y los hombres
la vida eterna de un recuerdo.

MARIA ELENA MUÑOZ

María Elena Muñoz nació en Montevideo y pertenece a una antigua familia uruguaya. A pesar de escribir versos desde muy niña,



no se reveló públicamente como poetisa, sino hace unos pocos años. Sus sobrinos, Alvaro y Gervasio Guillot Muñoz, contribuyeron, quizás, a lanzarla en el mundo literario.

Se inició en la publicidad, con un libro de poesías "Horas mías", prologado por Juana de Ibarbourou, en el cual las cualidades que revela, no son suficientes para colocarla como su último libro "Lejos", a la par de las mejores poetisas uruguayas.

Su poesía tiene marcada tendencia mística y cosmogónica. En algunos poemas, como "Por la calzada", María Elena Muñoz, es casi futurista.

Colabora asiduamente en "La Cruz del Sur", y está vinculada a los grupos de "Proa" y "Martín Fierro".

POR LA CALZADA

Voy en el auto

Cruzando la vida urbana

Bajo el cielo de la primera hora de la noche sin reino.

Arrebujaada entre mis pieles y entre las sombras.
Se desanuda mi irrealidad
A los estremecimientos suaves de la marcha
La calzada es derecha y continua
Hasta acercar a la distancia
Las dos aceras
En el roce de un secreto.

Delante de mí
Una yunta de rieles a la carrera
Se eterniza en la sombra absoluta
Y sus flancos cansados
Brillan en una intermitente luz de acero
Una granada milagrosa
Ha reventado de madura allá arriba
Junto a la tierra levantada
Están los rojos y gigantescos granos.

De las encrucijadas oscuras,
Perdidos ojos de jaguares
Y bocas de fuego,
Saltan y se deslizan
Dando gritos ásperos y roncós

Encuentro de ojos desorbitados
Pinchándose con su luz amarilla . . .
En una intranquila búsqueda
Se apartan, oscilantes, y siguen,
Perdiéndose en el torbellino.

Las covachas frías de las estaciones
Prenden fabulosas, luciérnagas
Por vigas y dinteles.
Abren sus puertas,
Y monstruos autómatas de formas rectilíneas
Se lanzan a los caminos
Todo cabeza, hocicos de fuego, mirada de rabia.

Los focos eléctricos
Alineados en las aceras
Mandan a las mujeres hermosas
Su dardo de luz
Es el dicharacho callejero
Que despereza el ocio.

Aunque las estrellas golpeen en el gong de la luna
Para llamar los ojos
Nadie mira hacia arriba:
Una mascarada de avisos luminosos
Nos tira de la manga
Para gritarnos con la exasperación de sus colores.

Embutida en mis pieles y en la sombra
Me dejo llevar por mi monstruo incansable
Soy el cerebro alucinado de su cráneo vacío
Descifrando los primeros pasos de la noche
Alegres de sonajeros, cornetas y globos de luz.

Y sigo
Bajo las lunas enhebradas de los arcos voltaicos
Por las rutas que tajan la ciudad
Y por las que cavo en las mullidas distancias.

EN EL UMBRAL DEL MUNDO

En el umbral del mundo
Los ángeles trabajan
Una esencia sagrada.
Vienen de muy lejos,
Y entre signos suspensos
Cambian sus pensamientos
Sin hablar.
Un afán sostenido
Sus movimientos guía
Vienen de muy lejos,
¿Qué destino traerán? . . .
Cruzan sendas y sendas escondidas.
¡Oh, aquellos caminos sembrados de astros
Que bien los conocía,
Como yo los amaba
Antes de bajar.
La afluencia de los ríos
De distraída línea
Deslizaba un secreto
A las sonoras islas de cristal
¡Como vienes a mí,
Suave flecha de luz, a iluminar la sombra
Atravesando atmósferas e inexplorados círculos
Trayéndome en tu paso, de onda en onda,
El milagro de azul.

Se desprende, rendido,
El mundo de mi mundo
Ya cortadas las vías,

En el vértigo tibio de las distancias
Me hundo.
Y en una onda suave, misteriosa,
Sintiendo el equilibrio
Difundido en las zonas largas del infinito,
Voz de un mundo a otros mundos
Con la fruición de lo desconocido.

Un faro se levanta
De silueta confusa. . . .
Es un ojo potente que vigila
La universal afluencia de las rutas.
Los millares de estrellas
Que en los caminos se alzan,
Son las teas prendidas de los ángeles,
Que reducen o agrandan las distancias.

Se acuestan los silencios.
Un murmullo de voces y de músicas
Va creciendo. . . .
(¿Hay alguien que me llama? . . .)
Se estremece el espacio,
Se deslumbran los cielos,
Los ángeles se alinean
Las estrellas en alto prendidas.
(Ya conozco tu voz. . . . ¡aguarda, aguarda!
¡El dulzor de tus brazos! . . .
Algún día iré a ti
Como busqué de niña tu regazo).

El pórtico sagrado
Se va abriendo de luz. . .

Y en una curva larga, distendida,
Van pasando las almas a esta vida
Con una flor de loto,
Con una esencia azul.
Se cruza, tambaleante, en los caminos
La procesión de almas
Que regresan cansadas
Ha sonado el final de sus giras.
Y a su paso,
En el umbral del mundo se va haciendo
La emersión de las vidas.

Cada vida es un astro.



POETAS NOVISIMOS

ALFREDO MARIO FERREIRO

LOS AMORES MONSTRUOSOS

El autobús desea con todo su árbol y todo su diferencial, a la linda voiturette de armoniosas líneas.

Poco a poco logra acercarse a su lado para arrollarla con la moderación del motor poderoso.

La voiturette, espantada por aquel estruendo, pega un legítimo salto de hembra elástica y huye.

De lejos, le hace adiós con el pañuelito azul del escapó.

El autobús la persigue de inmediato. En su atontamiento de paquidermo rijoso apenas salta los obstáculos del nervioso y minúsculo tránsito callejero.

Persecución grotesca. Lo monstruoso detrás de lo alado.

El autobús se devora a la linda voiturette con los ojos de todas sus ventanillas temblorosas.

La voiturette se despereza con los brazos alargados de la velocidad.

De repente se detiene junto al cordón de la vereda. Hembra, al fin y al cabo, se ha emocionado con la persecución empeñosa del autobús.

El autobús la ve detenida. Se le allega todo sudoroso; cayéndole la baba hirviendo por el tapón del radiador; todos los vidrios conmovidos; los guardabarros temblorosos; los ojos de los faros desorbitados.

Va a detenerse. Pero—exigencias del trabajo—el embrague lo hace seguir de largo. La norma: El autobús es para trabajar y no para enamorar voiturettes por las calles.

Entonces el pobre monstruo padece angustia rabiosa. Una rabia que se condensa en dos miradas de odio rojo que larga por los faroles posteriores.

EL ARBOL TACITURNO

El árbol tenía un letrero
que sólo los pájaros podían leer:
"Se alquilan ramas para nidos",
decían las letras
que un hombre no habría podido leer.

A pesar del anuncio,
ningún pájaro vino

a hacer su nido
en este árbol, que muere de tristeza,
gacha la cabeza,
al borde del camino.

LAVANDO NUBES

El viento está lavando las nubes.
Toma una nube negra,
la empapa en lluvia,
la retuerce enseguida,
la golpea contra el molino,
nos moja el campo,
lava el cielo,
y sale la nube blanca
de negra que era
para ir a colgarse
en el hilo del horizonte,
a secarse.

ALEXIS DELGADO

LA CAPILLA

El oro de la capilla
brilla bajo la luz de la culebra fantástica
que anda por sus altares solitarios
Me imagino amada besarte en ese claustro soberbio
arden los cirios de tus adorables locuras
Arden a viva luz y tu sien no se desmaya
por tan divinas pitonizaciones
Y eres sencilla hasta lo doméstico.

LA CRUZ DEL SUR

E
 L
 B
 U
 R
 D
 E
 EN LA TARDE L TRISTE DE LA FIESTA
 Y
 L
 A
 T
 U
 M
 B
 A
 S
 E
 A
 B
 R
 A
 Z
 A
 N

la tumba viva
 la pálida muerte.

Zig-zagueo en el rostro de los siglos
 la desdentada luna.
 Traigo en mi mano
 una lámpara antigua
 que ilumina
 el paisaje.

EL MARINERO

Abre el pluvioso mar
su cuenca verde
su cuenca azul
su cuenca cobre.

El marinero abre sus crines al viento
se abre su alma como una flor marina
todos los vientos sienten su pecho de roble.

La faz del marinero es una arruga del mar
La blusa azul del marinero es bandera de vida,
su vieja cara infantil la nueva era,
si hay alas fuertes son las de ese rudo marinero
si hay símbolo mágico la alegría de su corazón.

LOS PIANOS DEL ALBA

Voces blancas como palomas sonoras en el alba
los pianos que hablan de este mi coloquio
y nubes haciendo serpentinadas de saltos.
y por ellas en sube y baja ondulante

El corazón mío
como una ola giratoria

Yo abro los pianos subterráneos
con las manos sangrantes

Y doy los buenos días
paralizado de eléctricas sombras

Jugando ya el alba arriba del tejado
como un amarillo niño nuevo que me saluda.
¡Oh! los órganos cuyos tubos brillan de amarillo

[brumoso

Bajo el suelo agreste del alba . . .



JUAN CARLOS ABELLA

DISTICOS

No guardes nada, compañera mía,
con siete llaves a la luz del día.

Abre la absurda puerta monacal
al íntimo tesoro virginal.

Que en este mundo no hay candado fuerte
para los bandoleros de la muerte.

Nos da el adiós un sol en cada día
con sangrante pañuelo de agonía.

A este poniente de esplendores rojos
ya nunca más lo mirarán tus ojos.

Rompe la cerradura de tu vida
vierte la miel del ánfora escondida.

Que en este mundo no hay candado fuerte
para los bandoleros de la muerte.

No guardes nada, compañía mía
con siete llaves a la luz del día.

AL TIEMPO

Oh! padre de los días que vienen y se van,
¿qué designio funesto desmesura tu afán?

Hace millones de años que deshojas las vidas
en tu propio regazo paterno amanecidas.

Oh! padre de los días ¿qué destino inclemente
te arrancó las entrañas, que así, perpetuamente,

apuñala los días la insania de tu brazo,
abriéndoles la herida sangrienta del ocaso?

¿Para quién, maquinando punición expiatoria,
eslabonas la enorme cadena de la historia?

Con cuerda de esperanza, deseable de sufrir,
nos atas a la rueda del nacer y el morir.

Inexorablemente deshojas esta flor
de frustánea alegría, de amargante dolor,

que en tu mano renueva con loca obstinación
el abrazo salvaje de la reproducción.

Oh! padre de los días, apacigua tu empeño
mientras pasa el divino fantasma de mi sueño.

FERNANDO PEREDA

EL BAILARIN

Cada actitud tiende al arco triste del destino
más allá de las cosas de la noche y del día.
Cantaban los collares sobre el cuerpo adivino
y alegre. ¿De dónde viene su alegría?

Quiere encontrar esa pura sabiduría,
ese puro misterio tembloroso y divino.
Mi corazón danzaba sobre mi mediodía
cuando oyó en las ajorcas el canto del destino.

Agil de gozo, libre, fuerte, en los triunfales
saltos en que sonaban címbalos y timbales
su cuerpo era una lámpara. ¡Su gran cuerpo profundo!

bailaba entre las manos solitarias de Dios! . . .
Miré la curva triste de su torso veloz
como si revelase el misterio del mundo.

JULIO VERDIE

MEDIA NOCHE

Las calles en la noche palpan la eternidad....
Por su cauce oscuro, el río de un silencio
va mojando de un reposo dulce
a la pobre ciudad....

Los ojos insomnes de los faroles
guiñan en la sombra su ictérica pupila,
y en lo alto de la calle son
faros para el sabático marino
que naufraga en alcohol.

La orquesta sinfónica de los gatos
en el atril de las techumbres
interpreta musicales garabatos;
y una mujer que pasa
vista de lejos
(así fuera una anciana
o una dulce enfermera)
para el trasnocho callejero

es una cortesana
que aún espera

Dos perros vagabundos
nos florecen una inquietud sentimental
o un deseo absurdo de seguirlos
para ver a dónde van.

Después: el límite
la puerta de la casa
tras la cual no hay arcanidad;
sólo, el lecho blando
donde orear la fatiga
de vivir mal

ENRIQUE RICARDO GARET

LA PANDERETA

Bendito sea el día en que vienen los pájaros
trayendo en su pico la caja de música;
como un mensaje que mi alma ha esperado
en vano durante la noche infinita!

¡Para qué la tristeza, alma mía, para qué?
Ahora viene la luz, ahora viene la música...!

La pajarera del espacio tiene
rotas todas sus rejas...
y el ritmo
ha lanzado a los aires su ¡fiat-lux!
y el aire está preñado de colores divinos!

Vamos! alma mía, vamos!
Deja el cuerpo
como un cántaro al borde del camino:
el primero que pase lo llevará en sus hombros....

(Ah, la pandereta de mi corazón
que golpea
contra el puño cerrado de la vida).

CANTO DE LAS CADENAS DE LOS ALJIBES

Arcos de hierro
brazos de piedra
flechas sonoras de las cadenas
hacia el blanco del cielo!

Flautas vibrantes
—pájaros nuevos en la fiesta del alba,
cadenas de los aljibes coloniales. . .

Pájaros nuevos,
nada más que un pico largo para el canto;
nada más que una
serpentina argentada
que se enreda en la rueda de la fortuna de las rondanas
Por un extremo el balde
se hunde en las aguas;
por otro extremo los brazos ágiles lo levantan.

Tal, sucio en los bordes,
rompe el espejo que lanza un grito desesperado,
y enseguida se pone alas nuevas
para rozar el sol con sus plumas plateadas

Arcos de hierro,
brazos de piedra,
flechas
al cielo!

Hasta que en el mediodía
—cuando se seca el balde,
las cadenas borrachas de ritmos
se tiran a dormir un sueño al sol.

Hermano aljibe, yo te tengo envidia;
quien nos hizo, nos hizo tan distintos. . .

Y pensar que ha de ahogarme
la cadena que tengo como serpiente
—mi cadena de sangre—
enroscada en los brazos, toda envuelta en los pies.

y caeré
hasta el fondo del agua más negra
para no salir más. . . Para no salir más!

LUIS EDUARDO POMBO

A LOS CRITICOS

(Con toda dulzura)

Estábamos en la orilla
solos, con la alegría
del día en los ojos

Sólos con nuestro corazón
que siente de verdad
que tiene del verbo
y que tiene la gracia.

Desnudos
con la verdad, el verbo y la gracia.

Vimos el arco
vimos la comba
amplia y tendida
del arco.

Vimos el puño.
Vimos la curva

fuerte y huesosa
del puño.

Vimos la flecha
vimos la punta
tersa y aguda
de la flecha.

Nuestra carne tierna
tiembla
¡Milagro! ¡Milagro!
El nos ha mirado
nos ha sonreído

Nuestra carne tierna
palpita
somos los jóvenes
tenemos el brío
del estío en los ojos.

Tenemos del verbo
y la gracia
y somos divinos
como San Sebastián.

¡Milagro! ¡Milagro!
las flechas se clavan
en el viejo laurel.

AUGUSTO MARIO DELFINO

TANGO EN LA MILONGA

Sale de los bandoniones una niebla de tango
y todas las parejas se aprontan a bailar.
Parece que llevarán adentro de los pechos
la angustia de una responsabilidad.
Se mueven despaciosas sobre la alfombra roja
y ni un corte compadre marca la cara del ambiente.
Este tango no es el tango orillero
aunque enseña iguales arrugas en la frente.

Es ingénua la gravedad del tango.
Es femenino el tango, y es brutal.
Es un potro refrenando corcovos.
Es un macho de mirada fuerte
lo mismo en el arrabal que en la ciudad.

"Pato", "La Comparsita", "Rawson",
"El entrerriano", "Ladrillo" y "Volverá".
seis tangos zarpan de seis instrumentos.
¿Qué corazón amigo sentirá
como siente esta música?

¿En medio del cabaret estará?
¿Por qué no aquella rubia?
Sus ojos tristes dicen el pesar
de las mil madrugadas que le dieron
el cachetazo de su realidad.
Está enferma como yo aquella rubia.
También enferma la morocha está.
La morocha es más mía
porque morocha era la otra,
la que se fué, la que se irá siempre.

Corazón, cómo te pone el tango.
Pégale unos latidos alegres a esa música
y corre a saltar por la ciudad.
El Charleston es un buen muchacho.
Pero no te acerques a la tristeza negra
venida de Hawai.
La vas a mojar con sangre, corazón.

GILBERTO CAETANO FABREGAT

CANTO LLANO DE MEDIANOCHE

Noche de Enero sobre las terrazas blancas;
bóveda trepidante en que un creciente nuevo
es el casco afilado de un esquife
en cuyo palo único,
ingrávido de sombra,
el punto de una estrella como fanal se enciende;
¡Oh la noche nimbada de la ciudad dormida,
vaporizada sobre los altos techos!

Hay una calma tibia,
un silencio mezclado de diafanidades,
aromado de recomienzos;
el eco de los ritmos sobre los horizontes
eleva hacia el zenit un arco distendido,
mientras el sueño navegante
hace sus singladuras
a través del desierto ilimitado.

Allá lejos,
sobre los muros de las altas terrazas
flotan estelares mutaciones;

los desembarcaderos del puerto
ultramarinos,
duermen como las hélices
en las ondas calmadas y mecidas,
son como los ponientes que vuelcan las nostalgias.

En los claros derroteros
hay una lentitud de geórgiga marina
que acaricia los flancos de los barcos
con reminiscencias ecuatoriales;
un vértigo de lo desconocido
sellado con la rosa de los vientos
en hondos altos cielos
indefinidos.

Los grandes lebreles trasatlánticos
son bajo la noche
luminosos y fugaces archipiélagos,
caídas constelaciones
en los cuadrantes del océano,
insectos verdes y llameantes de las selvas del agua
que atrapan con sus antenas prolongadas
los radiogramas naturales.

Delicia reposada de extenderme
como en la cubierta de un yacht
frente a los panoramas titilantes,
desplazados,
sobre los buques anchos fondeados en los muelles
cargados de frutas y maderas,
mientras hay en suspenso una llamada
de próximas partidas sin retorno.

Lasitud encantada
escuchar cómo llega de lejos
el bordoneo de las guitarras y los banjos
de algún café de marineros,
mientras la noche como un arcángel mudo
que despliega sus alas de sombra
donde brillan los signos
hace más lento el mar de las miradas.

¡Noche toda nimbada sobre los altos techos!
es tiempo de cerrar los libros que leímos
para perderte ¡alma!
acá sólo se atardan el sueño y el olvido;
en las playas antípodas
la nave diurna ha echado las anclas de sus rayos;
es tiempo de encender allá abajo las lámparas
donde danzan y danzan los torbellinos ebrios...

LOS GRANDES PAJAROS DEL MAR

Los grandes pájaros del mar grises y blancos,
lisos y fraternales.

Conocen todas las radas y todos los caminos;
lentos como las naves
pasan sobre esta quietud pegada a la tierra,
sobre esta lasitud balanceada a todos los vientos,
sobre esta nostalgia.

**Los grandes pájaros del mar grises y blancos,
lisos y fraternales.**

**Atraviesan los vastos desiertos salados
como buenos marinos,
sobre la inmensa medida del agua,
sobre las ciudades,
sobre esta pobre alma que se acuerda.**

**Los grandes pájaros del mar grises y blancos,
lisos y fraternales.**

**Pilotos inmutables,
siguen lentos por las rutas de antes
a través del tiempo y de los climas;
¿qué fué del ayer?
¿a dónde volaron tus sueños sin vuelta?**

**Los grandes pájaros del mar grises y blancos,
lisos y fraternales.**

LUIS GIORDANO

DURAZNO

FRAGMENTOS.

Aquí se descubre la flor del cardo
las estrellas alcanzan al redondo horizonte,
el cosmogónico lapizlázuli.
Venus es un farol sobre todo el retorcido puñal de un
[álamo
que pincha al cielo, encogido, medroso, azul.

Al almacén de la esquina venían
hombres de Ipuche
troperos absurdos de facones destilando caña.
Y las yuntas rumiaban en la paz del pueblo,
mientras los chingolos picoteaban los yugos paraditos
[en las astas.

Las golondrinas alineábanse sobre las pizarras
negras de la Iglesia:
certero pájaro que ama—recto y noble—
la exactitud y el triángulo,
novecentista que al insecto caza

en la matemática parábola de su vuelo
al rastrear las zanjas.

Durazno! Miel de lechiguana, tararira asada,
mate amargo, puchero de pecho,
melancolía amasada con las tortas fritas,
gusto a barro dulce, a tristeza lírica
El Yi, Tejera, Maciel, San Borja,
Sarandí, Farruco,
Los Tapes, Villasboas, el Río Negro,
rincones de esmeralda, de reposo y consuelo,
donde los hombres juegan a la taba
y las muchachas aun llevan cintas en el cabello:
una pulpería, una peluquería y un taller
con olor a nafta,
ebrocante entre el aguachento del macachín,
donde los gauchos que aun viven aparecen como espectros
bebiéndose la escarcha de la luna en una copa de anís,
y donde la guitarra de Fierro
aprendió a esquilar a máquina.
Siempre hay un arroyo, con talas, con sarandices,
con espasmos primaverales
entre la paja brava
—los lagartos toman sol
sombra los apereaces—
y el ceibo sus intenciones demuestra
con el rojo picotazo de su flor inmoral.
Durazno! Esta es la palabra frutal
y el lugar desde donde yo he visto
girar alrededor del celeste polo
la Cruz del sur,
en una larga noche de deseos agónicos.

tenuamente embriagado
del alcohol nocturno en la pulpería del silencio
sintiendo cantar y cantar
al grillo bienaventurado.

TIEMPO MUY APRESURADO

Redondo un sol perfecto asoma
con la media elipse del puente por corona:
piedra de oro de la honda férrea
que apronta la mano de los cabezales
para lanzarla al zenit tras la invisible estrella.

El astro pesa, inerte bola bermeja,
toneladas inexpresables:
pero la fuerza inédita lo amolda
a la vertiginosa marcha de la ascensión.
Momentáneo eclipse de las cuerdas de acero,
del que sale con una sacudida.

El poliedro de una selva
persigue al congestionado círculo.

Altura, meridiano,
máximo vértice sobre el puente.
Estira sus arquitectónicos deseos
el hangar, donde rezonga un motor,
lubrificando la intención de la conquista.
Un aereoplano hace cosquillas al sol.

Después, el arco tendido sobre el río
enciende la pedrería de su diadema:
y en el agua, triangulazida de sombras,
el crepúsculo resuelve la incógnita
y tacha la enorme X de la hora.

CARLOS RODRIGUEZ PINTOS

HERMANO ESPANTA-PAJAROS

—Hermano espanta-pájaros que en el medio del huerto
abres tus brazos flacos sobre la tierra en flor
Yo soy un hombre joven que te mira en silencio
Una misma nostalgia nos oprime a los dos

Cierta mañana rubia bajo el cielo apacible
alzaste tus dos brazos alegres al azul
En la espera de nidos, te pasaste las horas
y queriendo ser árbol . . . te convertiste en cruz.

Y aquí estás desde entonces mostrando humildemente
tu pobre gesto estéril abierto frente al sol
¡Nadie ha pensado nunca en tu pena callada!
Sólo la comprendemos tu amigo el viento y yo.

El viento de la costa que juega entre tus brazos
y engaña tu deseo con hilachas de espuma
y yo, que no sabiendo que hacer ni que ofrecerte
te pongo en mis poemas, y hago mía tu angustia.

.....

Yo también hace tiempo que estoy quieto y callado
junto al borde brillante y alegre del camino
con la mirada fija, sondeando el horizonte
y los dos brazos firmes cordiales y tendidos

Y ahora me pregunto: Al correr de los años,
¿será muy numerosa mi cosecha de nidos?
¿O he de quedarme siempre, como tu bajo el cielo
con mis dos brazos abiertos y vacíos...?

Hermano espanta-pájaros, viejo muñeco negro
manejo de esperanza, de duda y de dolor:
Yo soy un hombre joven que te mira en silencio...
Carne, sangre, deseos,
... y un puñado de nervios en las manos de Dios.

Hermano espanta-pájaros:
¡Qué pobre y triste cosa somos los dos...!

BLANCA LUZ DE MIRÓ QUESADA

REVOLUCION

Cristo!
otra vez descalzos hacia los crepúsculos

sobre las aguas flotan
banderas milagrosas

Y vienes por el grito infinito
de los que sufren
sobre el pecho tajeado de los hombres
amaneces tendido como un canto.

¡Y dices a donde vamos!

trabajo — justicia — amor
tu trinidad maravilla
a las criaturas.

los horizontes absortos
van siguiendo tus pasos
nosotros llevamos en la frente
tu bandera de gracia

con nuestro canto
levantamos bayonetas caladas
a los tiranuelos de américa.

VOLVEREMOS A MIS CAMPOS...

Volveremos a mis campos:
dejaremos la ciudad
que nos emponzoña el alma
y nos hace de metal.
Volveremos a mis campos
que nos hacen de cristal.

Y por las laderas verdes
nos echaremos a andar
alegres y vagabundos
lejos ya de la ciudad...
Y por las laderas verdes
nos volveremos a amar.

Nos iremos a las parvas
doraditas de maíz:
y en las chalas asoleadas
me tenderás a dormir.
Nos iremos a las parvas
doraditas de maíz.

Treparemos a los cercos
a comer burucuyá

Las costas
qué lindas mujeres tendidas al sol

Los faros
Los amigos de tus noches de mar
La rosa de los vientos
loca como tus pensamientos.

Hambre de mar!
¿Qué plaza serena detuvo
las violentas olas de tu espíritu?
 Oh el afán
 de partir
 de llegar
 de volver a partir
 de volver a llegar.

¿En qué puerto encontrarán sosiego
tu corazón
 y mi canto
 aventurero?

DIEGO LARRIERA VARELA

CANTO A LA MANO FRATERNA

Mano hacia mi tendida,
Salutar mano franca;
Más allá de mi mundo y de mi vida,
Tras de todos los mares,
No sé donde, fraterna y conmovida,
En yo no sé qué lares,
Presta para la bienvenida . . .

Callosa, por el ideal trabajador;
Noble, por alzar las lámparas acogedoras
De la Fe y del Amor;
Generosa, sembrando en las auroras;
Y rudamente abierta,
Y alerta,
Y perdonadora.

Ah, el júbilo de verte izar mañana
Esa nueva bandera que esperamos
Los que todavía soñamos!
Verte transfigurada

En un enorme puño, al que prendida,
Se agita por los vientos bravíos de la Vida
La sola enseña, sobre todas alto!

Porque entre los diez garfios de tus dedos
Yo sé que todo es fuerza y es nobleza,
Más que todos los credos,
Sobre todas las tiaras
Y las píaras . . .
Más arriba del pecho y la cabeza,
En lo más alto del más recio brazo
¡Harás de la bandera un aletazo
Para los cuatro puntos cardinales!

Así todas las manos fraternales,
Unidas, unirán también las frentes
Y surgirán los nuevos continentes
Interiores — tan vastos e ignorados —
Hacia los que, en grandiosa expedición,
Irán los ideales, gallardetes morados,
Sobre el mástil más alto de cada corazón!
Porque eres el más noble sostén y la más fuerte
Guiadora;
Diestra, para el potro salvaje de la Suerte;
Grande, para la lámpara roja de la Aurora!
Sagrada,
Y abierta sobre el terruño tierno
Dando al surco partido la semilla dorada;
Y pujante
En el puente de un transatlántico,
Como si ordenaras el juego titánico
Del pleamar avasallante

Florecida,

Te suben hasta el puño las rosas de la Vida
Las rosas de la sangre generosa
Que enjoyan la actitud fuerte de la amenaza
Cuando cambias la tea por la maza!

Sí, tuyo será el hachón de las anunciaciones
En la noche más negra de la Selva maldita!
Por entre las cenizas de las cerrazones
Tu luz será la sola luz, la que palpita
Chispeando al soplo de los ventarrones
Hasta incendiar lo hondo de la cripta
Donde duermen los ídolos de las generaciones
Perdidas,
Animando las cenizas aun calientes
de Prometeo!

Sí, yo te aguardo y te deseo
En las albas rosadas
Anunciadoras
De la aurora!
Toda actitud será fecundidad
Y la paz de la heredad
Que bendices y amparas,
Patriarcal, si levantas
El índice sobre la fecunda humildad
De tantas ablaciones, como prodigas
Las mil cimbras de oro de las espigas!

Sí, ya resuena la fragua
Y el fuego canta sobre el hierro, y el agua
Infinita del mar aguarda todavía

La Epifanía
Del Hombre, cuyo paso de ascensión
Sobre las olas encrespadas
No dejará más huella de peregrinación
que un ensueño de espumas detras de sus pisadas

Que es la mano del Hombre la única para hacer
El milagro bello de los avatares!
Rosada en la siembra de cada amanecer,
Roja, en el holocausto de cada atardecer; . . .
Dominadora de mares; . . .
Vencedora en la guerra
De la Tierra; . . .
Caudal, en el anhelo
Tentador de la altura;
—Un pájaro de barro con ansiedad de cielo—
Que el destino es un poco modelado a su hechura!

OFELIA MACHADO

OIDO

Alargado a la angustia
musical,
con tu escalera deslizadora de vinos diáfanos.

Tu eres una distancia
asaltada por pueblos de notas.
Desde tu alevé
profundidad
sueñas la red pentagónica,
cautelosa y fina de la amistad:
y en tí quedan todos los sonidos,
esperando, infinitamente,
como en una larga
y viboreante cavidad.

Tus bocas se entreabren
al hambre
de los veinte mil pájaros del ruido
que entran, en fuego
a tu profundidad.

En la vacilación del día
oscila tu sentido, misterioso y terrible
como el buho de la eternidad.

MARIO ESTEBAN CRESPI

EL CAMPO

El campo empieza en la plaza del pueblo,
culebrea por los cordones de las veredas
y se derrama saltando cañadas, tajamares y caminos.

Enseguida se pone una rondana y una piola
en el ojal de un pozo
y se hace su gusto de descuidado pastizales
y cardos florecidos.

Cuando menos se piensa
le sale un sarpullido de margaritas
o se enoja y como un gato
encorva el lomo de un hormiguero.

Desde luego
si se le antoja un rancho humilde pero honrado
lo tiene en cualquier parte
lo mismo que una casita blanca para recién casados
(Recuerdo un rancho
metido en un tupido capullo de sauces llorones
para que no se pudieran escapar las vidualitas).

Tiene el rasguño permanente del trillo de
los animales.

Y algún que otro moretón de tierra greda.

Y no le importa que el pueblo,
estudiante reglamentado a ciudad con chimeneas
lo desdeñe un poco

porque para eso siempre tienen detractores las muchachas
[vírgenes.

A menudo se desabrocha unos amaneceres colosales,
con una coloración donde da gusto mojar los ojos
y una paz ancha y musical de honradez prestigiosa.

Me tiré muchas veces en el campo
y fui feliz, a pesar de los bichos colorados.

Muchas veces en el campo y en gloria a su pureza,
me sacudí los besos de las mujeres impuras de Montevideo
Siempre me acordaré de aquella vaca
colorada que me corrió cuando botija!

APENDICE

I

ANTECEDENTES DE LA "ANTOLOGÍA DE LA MODERNA POESÍA URUGUAYA"

Parnaso Oriental (1905), por Raúl Montero Bustamante, con un prólogo y notas críticas-biográficas (edición ilustrada con varios medallones fotográficos de poetas uruguayos).

De los poetas de la "Antología de la moderna poesía uruguaya" solo figuran en este parnaso: Julio Herrera y Reissig y Emilio Frugoni.

Parnaso Uruguayo, recopilado por A. Artucio Ferreira. Ediciones Maucci Hnos.

Poetas de la "Antología de la moderna poesía uruguaya" que aparecen en esta recopilación: Agustini Delmira, Casaravilla Lemos, Enrique, Casal, Julio J., Ibarbourou Juana, Oribe, Emilio, Supervielle, Julio, Silva Valdés, Fernán, Larriera Varela, Diego, Morador, Federico, Pereda Valdés, Ildefonso, Mendilaharsu, Julio Raúl.

Antología de Poetas Uruguayos, primera parte, por Mario Falcao Espalter. 1807-1821.

Emilio Frugoni.

II

REFERENCIAS SOBRE LOS POETAS DE LA TERCERA PARTE. POETAS NOVISIMOS

ALFREDO MARIO FERREIRA. — Publicó sus primeras poesías en "Mundo Uruguayo". Recién en 1926 se reveló como poeta mo-

derno, con su libro "El hombre que se comió un autobús". Ediciones de "La Cruz del Sur". Profesión: mecánico.

JUAN CARLOS ABELLA. — Se inició en las letras con un libro de poemas, bajo el pseudónimo "Yango", que editó Claudio García. Luego publicó: "Tiempo".

FERNANDO PEREDA. — Se hizo conocer con el poema "El bailarín", que insertamos. Fué colaborador no muy asiduo de las revistas "Ariel" y "Teseo". Publica poco y no ha reunido en volumen sus poesías. Abandonó los estudios universitarios para hacer un largo viaje por España.

JULIO VERDIE. — Autor de algunos poemas que publicaron las revistas "Teseo" y "La Cruz del Sur", entre ellos "La indumentaria del poeta", composición llena de gracia y humorismo.

ENRIQUE RICARDO GARET. — Es uno de los jóvenes mejor dotados de la novísima generación. Se dió a conocer con una hermosa composición: "Tardes de football", en la que se notaba alguna influencia de Parra del Riego. Ha colaborado en: "El Camino" y "Nueva Generación". Profesión: hombre curioso y desocupado.

LUIS EDUARDO POMBO. — Se inició en la revista "Los Nuevos". Luego publicó en los periódicos de Montevideo, críticas de arte y algunos poemas. Profesión: escribano público.

AUGUSTO MARIO DELFINO. — Reside en Buenos Aires. Colabora en "Martín Fierro" y "Proa". Es redactor de "El Suplemento".

GILBERTO GAETANO FABREGAT. — Nació en la ciudad de San José en 1895. Cursó estudios universitarios en Montevideo. A pesar de su originalidad, Gaetano Fabregat tiene analogías con Julio Supervielle y Valerio Larbaud. Ha colaborado en "La Cruz del Sur", "Proa", "Anales", etc.

En la editorial "La Cruz del Sur" aparecerá en breve "Puertos" (órbitas astronómicas y canto llano de medianoche). En preparación "Eglogas". Es además de poeta, pintor.

LUIS GIORDANO. — Nació el 19 de Diciembre de 1895, en Durazno (R. O.). Ingresó a la Universidad a los trece años, iniciándose en los estudios de Ingeniería, los que abandonó poco después de algún tiempo.

Se graduó de abogado en 1922. Intervino en la dirección de la revista "Ariel", en la que tuvo a su cargo la sección de Arte y Le-

tras. Ha colaborado en "Anales", "La Cruz del Sur", "Martín Fierro". Publicaciones: "El rosal", y otros cuentos, "La Cruz del Sur".

CARLOS RODRÍGUEZ PINTOS. — Sus primeras colaboraciones en "Los Nuevos" y "Nueva Era" de Buenos Aires. Residió durante un tiempo en La Plata, en donde cursaba estudios jurídicos. No ha publicado aún ningún libro.

BLANCA LUZ BRUN. — Nació en el Departamento de Maldonado, R. O. Se educó en Montevideo en colegio de hermanas. En 1924 se casó con el poeta Juan Parra del Riego. En 1926 se fué al Perú, donde reside actualmente. Publicaciones: "Las llaves ardientes" (Montevideo). "Levante" (Lima). Colabora en "Amauta" y otras revistas de vanguardia peruanas.

ALEXIS DELGADO. — Fué poeta ultraísta. Había publicado muy poco y no llegó a recojer en libros sus composiciones. En la revista "Pegaso", se encuentra lo mejor de su obra. Murió joven en Montevideo.

DIEGO LARRIERA VARELA. — Nació y vive en San José, R. O. Ha publicado "Los simples motivos" y anuncia "El hondero del alba". Profesión: Normalista.

EDGARDA CADENAZZI. — Es la más joven de las poetisas uruguayas. Algunas revistas de vanguardia han dado a conocer sus poesías.

MARIO ESTEBAN CRESPI. — Se inició en "Los Nuevos", con una composición titulada "Hoy es tu cumpleaños". Ha colaborado siempre en "La Cruz del Sur". Profesión: abogado.

OFELIA MACHADO BONNET DE BENVENUTO. — Es una joven poetisa que aún no ha publicado libros. Acaba de ganar un concurso de literatura, en la Escuela Normal.

ALGUNAS REFERENCIAS CRITICAS SOBRE LOS POETAS DE ESTE LIBRO

JULIO HERRERA Y REISSIG. — Francisco Villaespesa - Julio Herrera y Reissig. Madrid, Guillermo de Torre, "Literatura europea de vanguardia", Madrid. Ventura García Calderón, "Semblanzas de América". Rufino Blanco Fombona, "Prólogo de los Peregrinos de Piedra", edición Garnier Hnos. Lauxar. "Motivos de crítica". César Miranda, "Notas a la Vida y otros poemas". A. Zum Felde, "Crítica de la Literatura uruguaya". Jorge Luis Borges, "El tamaño de mi esperanza".

DELMIRA AGUSTINI. — A. Zum Felde. "Crítica de la Literatura uruguaya", La Cruz del Sur". Rubén Darío, "Pórtico de cálices vacíos". Luisa Luisi, "A través de libros y autores".

JULIO SUPERVIELLE. — "Anthologie de la nouvelle, poesie française". Antonio Vallejo, revista "Martín Fierro". J. M. Filartigas, "La Cruz del Sur". Alvaro Guillot Muñoz, "Signalement" de J. Supervielle. Juan Parra del Riego, "J. Supervielle", revista "Teseo" núm. 5. Pedro Leandro Ipuche, "La Cruz del Sur", número 8. Gervasio Guillot Muñoz, "La Cruz del Sur", núm. 8.

JUANA DE IBARBOUROU. — Francis de Miomandre, "La Nación". Luisa Luisi, "A través de libros y autores". A. Suárez Cañimano, "21 Ensayos". "Los Nuevos", en el núm. 5. Francis de Miomandre, "Prólogo de la edición francesa". Ventura García Calderón, París. "El Repertorio Americano". San José de Costa Rica.

EMILIO FRUGONI. — J. M. Filartigas, "Artistas del Uruguay". Montevideo. Nicolás Fusco Sansone, "El camino". Orestes Baroffio.

"El País", "La Cruz del Sur". A. J. M., H. Rega Molina, "Martín Fierro", "Claridad". Emilio Frugoni y los poemas montevidéanos. Alberto Lasplacé, "Emilio Frugoni", "La Cruz del Sur". Alberto Zum Felde, "El Día".

FERNÁN SILVA VALDÉS. — Jorge Luis Borges, "Inquisiciones", "El tamaño de mi esperanza". Luisa Luisi, "A través de libros y autores". Marcelle Auclair, "La revue Européenne". J. M. Filartigas, "La Cruz del Sur", núm. 7, "Los Nuevos", núm. 6. Norberto Frontini, revista "Inicial". Ildefonso Pereda Valdés, "Teseo", núm. 5.

EMILIO ORIBE. — A. Montiel Ballesteros, "La Mañana", 1922. J. Pereyra Rodríguez, "Pegaso", Montevideo. Arturo Lagorio, "Nosotros", Buenos Aires, 1917. Pablo Rojas Paz, "La Nota", 1919. Georges Pillement, "La revue de L'Amérique Latine", 1923. Eugenio D'Ors, Barcelona, 1919. E. Suárez Calimano, "Nosotros", 1925. Alfredo Fernández García, "Sagitario", 1925. Gustavo Gallinal, "La Nación". A. Torres Rioseco, "Repertorio Americano", Juan M. Filartigas, "Imparcial", Montevideo. Raúl Montero Bustamante, "La Prensa", Marcelle Auclair, "La Revue Européenne". J. Aubry, "Les Nouvelles Littéraires".

ILDEFONSO PEREDA VALDÉS. — Julio Cejador, prólogo de "La casa iluminada". Jean Aubry, "Les Nouvelles Littéraires". Georges Pillement y Christian Fournier, "La Revue de L'Amérique Latine". Jorge Luis Borges, "Martín Fierro", 19 - 26. Pedro Leandro Ipuche, "El Día", 1926. Guillermo de Torre, "La Gaceta Literaria". Alvaro Guillor Muñoz, "Cinq poèmes negres". Gervasio Guillot Muñoz, "La Cruz del Sur", 1926. Alberto Zum Felde, "El Día", 1926. Manuel Bandeira, "Revista do Brazil". Giménez Caballero, "El Sol", de Madrid. Armando Bazán, "Amauta", Perú. Adriano del Valle, "Revista Alfar", La Coruña. Gerardo Diego, "Ultra", Madrid.

FEDERICO MORADOR. — Adriano del Valle, "Alfar". Gerardo Diego, Revista "Ultra", Madrid. Fernán Silva Valdés, "La Razón", Montevideo. Nicolás Fusco Sansone, "El Camino". Francis de Miomandre, "La Nación". Alfredo Bufano, "Nueva Era", Buenos Aires. Luis Eduardo Pombo, "La Noche", Montevideo.

ENRIQUE CASARAVILLA LEMOS. — Alberto Zum Felde, "Crítica de la Literatura Uruguaya", 1921, "Los Nuevos", núm. 2. Blanca Luz Brun, "El Día".

NICOLÁS FUSCO SANSONE. — Adelina del Carfil, Revista

"Proa". Pedro Leandro Ipuche e Ildefonso Pereda Valdés, "El Imparcial". Montevideo. Guillermo de Torre, "La Gaceta Literaria". Georges Pillement, "La Revue de L'Amérique Latine". Antonio Gullo, "Martín Fierro". Juan Parra del Riego, prólogo de "Las trompetas de las voces alegres". Rodríguez Fabregat, "La Razón", Montevideo.

JUAN PARRA DEL RIEGO. — Carlos Sabat Ercasty, "La Cruz del Sur". Alberto Zum Felde, "El Día", Montevideo. Eugenio D'Ors, "Blanco y Negro", Madrid, "Amauta", Perú, "Teseo". Homenaje a Parra del Riego, "El Plata", anónimo.

CARLOS SABAT ERCASTY. — Juan Parra del Riego, "Teseo", Montevideo. Luisa Luisi, "A través de libros y autores". Teixeira de Pascoas, "A guía", Porto. Adriano del Valle, revista "Alfar". Nicolás Fusco Sansone, "El Camino", núm. 1. Alberto Zum Felde, "El Día". Luisa Luisi, "Nuestra América".

JULIO RAÚL MENDILAHARZU. — "La emoción de Montevideo ante la muerte de Mendilaharzu", por Juan Parra del Riego. Juicios sobre Mendilaharzu en la selección de poemas publicados por la señora Blanco Acevedo de Madilarzu.

PEDRO LEANDRO IPUCHE. — Jorge Luis Borges, "Inquisiciones". Valery Larbaud, "Revue Européenne". Alvaro Guillot Muñoz, "Martín Fierro". Eduardo Dieste, "Teseo". Gervasio Guillot Muñoz, "El Imparcial". Juan M. Filartigas, "El Imparcial". Guillermo de Torre, "La Gaceta Literaria". A. Aubry, "Les Nouvelles Littéraires". Ofelia Machado de Benvenuto, "El Día".

ALVARO GUILLOT MUÑOZ. — Eduardo Montagne, "El hogar". Alberto Lasplaces, "La Cruz del Sur". Valery Larbaud, "La Revue Européenne". Juan M. Filartigas, "El Imparcial". Alberto Zum Felde, "El Día". Caetano Fabregat, "La Cruz del Sur".

GERVASIO GUILLOT MUÑOZ. — Juan Filartigas, "El Imparcial". A. Zum Felde, "El Día". G. Caetano Fabregat, "La Cruz del Sur". Valery Larbaud, "La Revue Européenne".

MARÍA ELENA MUÑOZ. — Carlos Benvenuto, "La Cruz del Sur". Juana de Ibarbourou, prólogo de "Horas mías", "Teseo", número 7. Luis Giordano, "El Imparcial".

VICENTE BASSO MAGLIO. — "Los Nuevos", Montevideo. Juan Parra del Riego, "El poeta Basso Maglio".

JULIO J. CASAL. — Alberto Lasplaces, "La Cruz del Sur". "Les Nouvelles Littéraires". Adolphe Falgairolles, "El Plata". A. Soto.

COLABORACION GRAFICA

Los grabados en madera de Sabat Ercasty, Juana de Ibarbourou. Julio Supervielle, Fernán Silva Valdés y Julio Raúl Mendilaharsu, son del grabador Federico Lanau.

Los dibujos de Delmira Agustini, Federico Morador, María Elena Muñoz e Ildefonso Pereda Valdés, son de Norah Borges.

Los grabados en madera de Pedro Leandro Ipuche, Gervasio Guillot Muñoz, Alvaro Guillot Muñoz, Vicente Basso Maglio y Emilio Oribe, son del pintor Melchor Méndez Magariños.

El dibujo de Herrera y Reissig es de Hoffman.

El de Emilio Frugoni es de Besares.

El retrato de Nicolás Fusco Sansone es del pintor José Cúneo.

La escultura de Casaravilla Lemos y el dibujo de Parra del Riego de Bernabé Michelena.

Las viñetas son de María Clemencia.

PALABRAS FINALES

(Prólogo, breve y discutidor)

¿QUIÉN se anima a entrar en un libro? El hombre en predisposición de lector se anima a comprarlo — vale decir, compra el compromiso de leerlo — y entra por el lado del prólogo, que por ser el más conversado y menos escrito es el lado fácil. El prólogo debe continuar las persuasiones de la vidriera, de la carátula, de la faja, y arrepentir cualquier deserción. Si el libro es ilegible y famoso, se le exige aun más. Se esperan de él un resumen práctico de la obra y una lista de sus frases rumbosas para citar y una o dos opiniones autorizadas para opinar y la nómina de sus páginas más llevaderas, si es que las tiene. Aquí — ventajosamente para el lector — no se precisan ni sustituciones ni estímulos. Este libro es congregación de muchos poetas — de hombres que al contarse ellos, nos noticiarán novedades íntimas de nosotros — y yo soy el guardián inútil que charla.

¿Qué justificación la mía en este zaguán? Ninguna, salvo ese río de sangre oriental que va por mi pecho; ninguna salvo los días orientales que hay en mis días y cuyo recuerdo sé merecer. Esas historias—el abuelo montevideano que salió con el ejército grande el cincuenta y uno para vivir veinte años de guerra; la abuela mercedina que juntaba en idéntico clima de execración a Oribe y a Rosas—me hacen partícipe, en algún modo misterioso pero constante, de lo uruguayo. Quedan mis recuer-

dos, también. Muchos de los primitivos que encuentro en mí, son de Montevideo; algunos — una siesta, un olor a tierra mojada, una luz distinta — ya no sabría decir de qué banda son. Esa fusión o confusión, esa comunidad, puede ser hermosa.

Mi paisano, el no uruguayo recorridor de esta antología, tendrá con ella dos maneras de gustos. Eso yo puedo prometérselo. Uno será el de sentirse muy igual a quienes la escriben; otro, el de saberlos algo distintos. Esa distinción no es dañosa: yo tengo para mí que todo amor y toda amistad no son más que un justo vaivén de la aproximación y de la distancia. El querer tiene su hemisferio de sombra como la luna.

¿Qué distinciones hay entre los versos de esta orilla y los de la orilla de enfrente? La más notoria es la de los símbolos manejados. Aquí la pampa o su inauguración, el suburbio; allí los árboles y el mar. El desacuerdo es lógico: el horizonte del Uruguay es de arboledas y de cuchillas, cuando no de agua larga; el nuestro, de tierra. El anca del escarceador Pegaso oriental lleva marcados una hojita y un pez, símbolos del agua y del monte. Siempre, esas dos tutelas están. Nombrada o no, el agua induce una vehemencia de ola en los versos; con o sin nombre, el bosque enseña su sentir dramático de conflicto, de ramas que se atraviesan como voluntades. Su repetición vistosa, también.

Dos condiciones juveniles — la belicosidad y la seriedad — resuelven el proceder poético de los uruguayos. La primera está en el personificado *Juan Moreira* de Podestá y en los matreros con divisa de José Trelles y en el ya inmortal compadrito trágico Florencio Sánchez y en las atropelladas de Ipuche y en el

¡A ver quién me lo niega!

con que sale a pelear por una metáfora suya, Silva Valdés. La segunda surge de comparar la cursilería cálida y franca de *Los parques abandonados* de Herrera y Reissig con la vergonzante y desconfiada cursilería, entorpecida de ironías que son prudencias, que está en *El libro fiel* de Lugones. El humorismo es esporádico en los uruguayos, como la vehemencia en nosotros. (Cualquier intensidad, hasta la intensidad de lo cursi, puede valer).

Obligación final de mi prólogo es no dejar en blanco esta observación. Los argentinos vivimos en la haragana seguridad de ser de un gran país, de un país cuyo solo exceso territorial podría evidenciarnos, cuando no la prole de sus toros y la feracidad alimenticia de su llanura. Si la lluvia providencial y el gringo providencial no nos fallan, seremos la Villa Chicago de este planeta y aún su panadería. Los orientales, no. De ahí su claro que heroica voluntad de diferenciarse, su tesón de ser ellos, su alma buscadora y madrugadora. Si muchas veces, encima de buscadora fué encontradora, es ruín envidiarlos. El sol, por las mañanas, suele pasar por San Felipe de Montevideo antes que por aquí.

JORGE LUIS BORGES.

INDICE

	Pág.
Prólogo a manera de aclaración	7

PRECURSORES Y OTROS POETAS

Julio Herrera y Reissig	13
Delmira Agustini	22
Julio Supervielle	32
Juana de Ibarbourou	41
Emilio Frugoni	47

POETAS NUEVOS

Fernán Silva Valdés	59
Pedro Leandro Ipuche	69
Julio Raúl Mendilaharsu	83
Emilio Oribe	89
Vicente Basso Maglio	97
Carlos Sabat Ercasty	101
Enrique Casaravilla Lemos	109
Juan Parra del Riego	113
Julio J. Casal	121
Federico Morador	126
Ildefonso Pereda Valdés	132

	Pág.
Alvaro Guillot Muñoz	140
Gervasio Guillot Muñoz	145
Nicolás Fusco Sansone	150
María Elena Muñoz	157

POETAS NOVISIMOS

Alfredo Mario Ferreiro	165
Alexis Delgado	168
Juan Carlos Abella	172
Fernando Pereda	174
Julio Verdie	175
Enrique Ricardo Garet	177
Luis Eduardo Pombo	180
Augusto Mario Delfino	182
Gilberto Caetano Fabregat	184
Luis Giordano	188
Carlos Rodríguez Pintos	192
Blanca Luz de Miró Quesada	194
Edgarda Cadenazzi	197
Diego Larriera Varela	199
Ofelia Machado	203
Mario Esteban Crespi	205

APENDICE

	209
Algunas Referencias críticas sobre los poetas de este libro ..	212
Colaboración Gráfica	215

PALABRAS FINALES

219

Alvaro
Gervasi
Nicola
Marf

